



EDGAR ALLAN POE
EL GATO NEGRO
Y OTROS RELATOS DE TERROR

ILUSTRACIONES: LUIS SCAFATI



Lectulandia

«No espero ni solicito que crean el relato muy salvaje, y sin embargo muy hogareño, que voy a escribir. Estaría loco si lo esperase, en un caso donde hasta mis sentidos rechazan su propia evidencia. Empero, loco no estoy, y con gran seguridad puedo decir que no sueño. Pero mañana moriré, y hoy aliviaré mi alma.» Así comienza la historia de «*El gato negro*». En ella —como en «*El pozo y el péndulo*» y en «*El entierro prematuro*», cuentos que conforman esta selección—, lo cotidiano es invadido por una naturaleza oscura y desconcertante. La comprensión racional se revela exigua frente a la potencia de lo inverosímil y a la irrupción del elemento sobrenatural. Los relatos aquí reunidos están trabajados por una pluma que realza los rasgos más atroces y lúgubres. Las ilustraciones del célebre artista argentino Luis Scafati exploran los juegos de claroscuros en composiciones donde las manchas de tinta se confunden con las de sangre, y recrean las atmósferas y personajes macabros de las tinieblas del universo de Poe.

Edgar Allan Poe

El gato negro y otros relatos de terror

ePub r1.0

Titivillus 01.09.2024

Título original: *The Black Cat & The Pit and the Pendulum & The Premature Burial*
Edgar Allan Poe, 2005
Traducción: Elvio E. Gandolfo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

edgar allan poe



el gato negro

y otros relatos
de terror

ilustraciones

LUIS scafati

traducción

elvio gandoLfo



El gato negro



No espero ni solicito que crean el relato muy salvaje, y sin embargo muy hogareño, que voy a escribir. Estaría loco si lo esperase, en un caso donde hasta mis sentidos rechazan su propia evidencia. Sin embargo, loco no estoy, y con gran seguridad puedo decir que no sueño. Pero mañana moriré, y hoy aliviaré mi alma. Mi propósito es presentar ante el mundo, de modo sencillo, sucinto y sin comentarios, una serie de simples acontecimientos cotidianos. Con sus consecuencias, esos acontecimientos me han aterrado, torturado, destruido. Sin embargo no trataré de exponerlos. Para mí, han representado poco más que el Horror, para muchos parecerán menos terribles que *baroques*^[1]. En el futuro tal vez pueda encontrarse algún intelecto que reduzca mi fantasma a lo común: un intelecto más calmo, más lógico, y mucho menos excitable que el mío, que percibirá, en las circunstancias que detallo con temor reverencial, nada más que una sucesión vulgar de causas y efectos muy naturales.



Desde la infancia me destacué por la docilidad y humanidad de mi carácter. La ternura de mi corazón era incluso tan llamativa como para convertirme en blanco de las bromas de mis compañeros. Me encantaban en particular los animales, y mis padres me complacían con una gran variedad de mascotas. Pasaba con ellas la mayor parte del tiempo, y nunca estaba tan feliz como cuando las alimentaba o las acariciaba. Esta particularidad de mi carácter se acentuó con los años, y al llegar a la edad adulta, derivaba de ella una de mis principales fuentes de placer. Difícilmente necesite explicar la naturaleza o la intensidad de la gratificación que se obtiene a quienes hayan apreciado el afecto de un perro fiel y sagaz. En el amor de un animal hay algo desinteresado y dispuesto al sacrificio que llega directo al corazón de aquel que ha tenido oportunidad frecuente de poner a prueba la pálida amistad y la fidelidad, tenue como una telaraña, del mero Hombre.

Me casé joven, y fui feliz al descubrir en mi esposa un temperamento afín al mío. Al observar mi afición por las mascotas, no perdió oportunidad de

conseguir las que eran más agradables en su especie. Teníamos aves, peces de colores, un perro espléndido, conejos, un mono pequeño, y un gato.

Este último era un animal notablemente grande y hermoso, negro por completo, y sagaz en un grado asombroso. Cuando hablaba de su inteligencia, mi esposa, que no dejaba de tener el corazón un poco teñido por creencias supersticiosas, hacía alusiones frecuentes a la antigua idea popular, según la cual todos los gatos negros eran brujas disfrazadas. No hablaba en serio sobre este punto: me atrevo a mencionar el asunto sólo porque lo recordé, por casualidad, en este preciso momento.

Plutón —así se llamaba el gato— era mi mascota y mi compañero de juegos preferido. Sólo yo lo alimentaba, y él me seguía por toda la casa. Era complicado impedirle que me siguiera por las calles.

Nuestra amistad duró de este modo unos cuantos años, en los cuales mi temperamento y mi carácter —gracias al papel decisivo del Demonio de la Ebriedad— habían experimentado (me ruboriza confesarlo) un cambio radical hacia lo peor. Día a día yo me volvía más malhumorado, más irritable, más indiferente a los sentimientos de los demás. Llegué a emplear un lenguaje desconsiderado con mi esposa. Al final incluso la traté con violencia física. Mis mascotas, desde luego, estaban hechas para sentir el cambio de mi carácter. No sólo las descuidé, sino que las agredí. Por Plutón, sin embargo, aún conservaba la suficiente consideración como para refrenar el maltrato, aunque no tenía escrúpulos para maltratar a los conejos, al mono, y hasta al perro, cuando por accidente, o por afecto, se cruzaban en mi camino. Pero la enfermedad progresó en mí —¡qué enfermedad hay como el Alcohol!— y al final hasta Plutón, que ahora se iba poniendo viejo, y por lo tanto un poco fastidioso... hasta Plutón empezó a padecer los efectos de mi mal carácter.

Una noche, al volver a casa, muy embriagado, de una de mis correrías por la ciudad, imaginé que el gato evitaba mi presencia. Lo agarré, y en su temor ante mi violencia, me infligió una leve herida en la mano con los dientes. Me invadió de pronto la furia de un demonio. Ya no estaba en mis cabales. Mi alma original pareció volar de inmediato fuera de mi cuerpo, y una maldad más que diabólica, alimentada por la ginebra, electrizó cada fibra de mi cuerpo. Extraje del bolsillo del chaleco una navaja, la abrí, aferré por la garganta al pobre animal, ¡y le saqué con deliberación uno de los ojos de la órbita! Me ruborizo, ardo, me estremezco mientras anoto la condenable atrocidad.



Cuando la razón volvió a mí por la mañana —una vez que disipé durmiendo los vapores de la orgía nocturna— experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen del que había sido culpable; pero en el mejor de los casos, era un sentimiento ambiguo y débil, y el alma permanecía intacta. Volví a zambullirme en el exceso, y pronto ahogué en vino todo recuerdo de la hazaña.

Entretanto el gato se recobró con lentitud. La órbita del ojo perdido presentaba, por cierto, un aspecto temible, pero el animal ya no parecía sufrir ningún dolor. Seguía dando vueltas por la casa como de costumbre, pero, como podía esperarse, huía con extremo terror cuando yo me acercaba. Me restaba lo suficiente de mi antiguo corazón para sentirme apenado ante el rechazo evidente de una criatura que en otros tiempos me había amado. Pero este sentimiento pronto dio paso a la irritación. Y después llegó, para mi destrucción definitiva e irrevocable, el espíritu de la Perversidad. La filosofía no toma en cuenta este espíritu. Sin embargo, no estoy tan seguro de que mi alma viva, como de que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del

corazón humano: una de las facultades, o sentimientos primarios, que dirige el carácter del Hombre. ¿Quién no se ha descubierto cien veces cometiendo una acción malvada o estúpida, sin otro motivo que saber que no debería hacerlo? ¿Acaso no sentimos una inclinación permanente, a pesar de nuestro buen juicio, a violar lo que es Ley, sólo porque entendemos que lo es? Este espíritu de la perversidad, digo, contribuyó a mi destrucción final. Fue aquel insondable y gran deseo del alma de irritarse a sí misma —de violentar su propia naturaleza— lo que me urgió a continuar y por último a consumir la herida que le había infligido a la bestia inofensiva. Una mañana, a sangre fría, deslicé el nudo de una soga alrededor de su cuello y lo colgué de la rama de un árbol; lo colgué con lágrimas en los ojos, y con un amargo remordimiento en el corazón; lo colgué porque sabía que me había amado, y porque no me había dado motivos de ofensa; lo colgué porque sabía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que pondría tan en peligro mi alma mortal como para colocarla —si tal cosa era posible— incluso más allá del alcance de la misericordia infinita del Dios Más Misericordioso y Más Terrible.

La noche del día en que se ejecutó esta acción cruel, me sacó del sueño el grito de «¡fuego!» Las cortinas de mi cama estaban en llamas. Toda la casa ardía. Fue con gran dificultad que mi esposa, una criada y yo mismo pudimos escapar del incendio. La destrucción fue completa. Toda mi riqueza terrenal quedó consumida, y de allí en adelante me resigné a la desesperación.

Estoy por encima del débil intento de establecer una secuencia de causa y efecto entre el desastre y la atrocidad. Pero estoy detallando una cadena de hechos, y no deseo dejar ni siquiera un eslabón posible fuera de lugar.



Al día siguiente del incendio visité las ruinas. Los muros, con una excepción, se habían derrumbado. La excepción se encontraba en una pared divisoria, no muy gruesa, que quedó erguida en medio de la casa, y contra la cual había descansado la cabecera de mi cama. En ella el revoque había resistido en gran medida la acción del fuego, un hecho que atribuí a que se había construido hacía poco. Una apretada multitud se había reunido alrededor de esta pared, y muchas personas parecían examinar un trozo especial de ella con ansiedad y atención muy minuciosa. Las palabras «¡extraño!», «¡singular!», y otras expresiones semejantes, excitaron mi curiosidad. Me acerqué y vi, como si estuviera grabada en bajo relieve sobre la superficie blanca, la figura de un gigantesco gato. La impresión era transmitida con una precisión maravillosa. Una cuerda rodeaba el cuello del animal.

Cuando contemplé por vez primera esta aparición —porque era difícil considerarla otra cosa— mi asombro y terror fueron extremos. Pero al fin la reflexión vino en mi ayuda. El gato, recordé, había estado colgado en un jardín adyacente a la casa. Al darse la alarma de fuego el jardín había sido ocupado de inmediato por el gentío, y uno de sus integrantes debía de haber cortado la cuerda y sacado el animal del árbol y lo había arrojado, a través de una ventana abierta, dentro del cuarto. Es probable que lo hubiera hecho con la intención de sacarme del sueño. La caída de otras paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad dentro de la sustancia del revoque recién colocado; la cal de la mezcla, con las llamas, y el amoníaco del cadáver, habían completado entonces el retrato que vi.

Aunque así di cuenta pronto a mi razón, si no del todo a mi conciencia, del hecho asombroso que acabo de detallar, éste no dejó de causar profunda impresión en mi fantasía. Durante meses no pude librarme del fantasma del gato; y, durante ese período, regresó a mi espíritu un sentimiento a medias que parecía, pero no era, remordimiento. Llegué a lamentar la pérdida del animal, y a buscar a mi alrededor, en los bares infames que para entonces frecuentaba a menudo, otra mascota de la misma especie, y de aspecto un tanto similar, para reemplazarlo.

Una noche en que estaba sentado, medio idiotizado, en un tugurio más que infame, me llamó de pronto la atención cierto objeto negro que reposaba sobre la parte superior de uno de los inmensos toneles de ginebra, o de ron, que constituían el principal mobiliario del lugar. Había estado mirando con fijeza la parte superior de este tonel durante algunos minutos, y lo que me sorprendía era que no hubiese percibido antes el objeto. Me acerqué, y lo

toqué con la mano. Era un gato negro —un gato muy grande— en todo tan grande como Plutón, y se le parecía en todos los aspectos menos uno. Plutón no tenía un solo pelo blanco en ningún lugar del cuerpo; pero este gato tenía una mancha blanca grande, aunque indefinida, que le cubría casi toda la zona del pecho.

Al tocarlo, el animal se paró de inmediato, ronroneó fuerte, se frotó contra mi mano, y pareció encantado al advertirme. Así que ésta era, entonces, la criatura que había estado buscando. Le ofrecí de inmediato un precio al encargado; pero éste me dijo que no era suyo, no sabía nada del gato, nunca lo había visto antes. Seguí con mis caricias, y, cuando me dispuse a irme a casa, el animal se manifestó dispuesto a acompañarme.

Se lo permití, agachándome y palmeándolo mientras caminaba. Cuando llegó a casa se domesticó a sí mismo en seguida, y se convirtió de inmediato en el gran preferido de mi esposa.

Por mi parte, pronto descubrí que surgía en mí la antipatía hacia él. Aquello era justo lo opuesto de lo que había esperado; pero —no sé cómo o por qué ocurría— su evidente cariño por mí me repelía y fastidiaba bastante. Poco a poco, esos sentimientos de repulsión y fastidio crecieron hasta convertirse en la amargura del odio. Evitaba a la criatura; cierta sensación de vergüenza, y el recuerdo de mi acto anterior de crueldad, me impidieron abusar físicamente de él. Por unas semanas, no lo golpeé ni lo traté de otro modo violento; pero de a poco —muy de a poco— llegué a considerarlo con una aversión indecible, y a huir en silencio de su odiosa presencia como del aliento de la peste.

Sin duda, lo que se agregó a mi odio por la bestia fue descubrir, a la mañana siguiente de llevarlo a casa, que, como a Plutón, también le faltaba uno de los ojos. Esta circunstancia, sin embargo, sólo lo hacía aún más querido para mi esposa, que, como ya he dicho, poseía en alto grado la humanidad de sentimiento que en otros tiempos había sido mi rasgo distintivo, y la fuente de mis placeres más sencillos y puros.

Pese a mi aversión, la afición del gato hacia mí pareció aumentar. Me seguía los pasos con una insistencia que sería difícil hacerle comprender al lector. Cada vez que me sentaba, se acurrucaba debajo de mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias despreciables. Si me ponía de pie para caminar, se me metía entre las piernas, casi haciéndome caer, o, clavándome las zarpas largas y afiladas en la ropa, se me trepaba hasta el pecho. En esas ocasiones, aunque ansiaba destruirlo de un golpe, me cuidaba

de hacerlo, en parte por el recuerdo de mi crimen anterior, pero sobre todo — permítanme confesarlo en seguida— por el absoluto pavor hacia la bestia.



No era exactamente un pavor ante la maldad física... y sin embargo no sabría cómo definirlo de otro modo. Casi me avergüenza reconocer —sí,

incluso en esta celda para bribones, casi me avergüenza reconocer— que el terror y el horror que el animal me inspiraba, habían aumentado a causa de una de las quimeras más simples que sea posible concebir. Mi esposa me había llamado la atención, más de una vez, sobre el carácter de la mancha de pelo blanco, de la que ya he hablado, y que constituía la única diferencia visible entre la extraña bestia y aquella que yo había destruido. El lector recordará que esta mancha, aunque grande, había sido al principio muy indefinida; pero, con pasos lentos —pasos casi imperceptibles, y que durante largo tiempo mi Razón luchó por rechazar como descabellados— había adoptado al fin un contorno de rigurosa nitidez. Ahora era la representación de un objeto que me estremezco al nombrar —y por esto, por encima de todo, lo odiaba y me daba pavor, y me habría librado del monstruo si me hubiese atrevido—, era ahora, como digo, la imagen de una horrenda... de algo espectral: ¡de la Horca! ¡Oh, lúgubre y terrible aparato de Horror y Crimen, de Agonía y Muerte!

Y ahora era por cierto desdichado más allá de la desdicha de la simple Humanidad. ¡Y una bestia bruta —a cuyo semejante había destruido con desdén—, una bestia bruta había provocado en mí —en mí, un hombre, modelado a imagen del Alto Dios— tanta congoja insufrible! ¡Ay, ya no contaba con la bendición del Descanso de noche ni de día! Durante el día la criatura no me dejaba un momento a solas; y por la noche yo me sobresaltaba, a cada hora, al salir de sueños de miedo inexpresable, para descubrir el aliento cálido de la cosa sobre mi cara, y su peso sobre mí —una Pesadilla encarnada que no tenía poder de sacudirme de encima— imperando eternamente sobre mi corazón!

Bajo la presión de tales tormentos, el débil resto de bien que había en mí sucumbió. Los pensamientos malvados se volvieron mis únicos compañeros íntimos... los más oscuros y malvados. El mal humor de mi temperamento habitual aumentó hasta llegar al odio a todas las cosas y a toda la humanidad; mientras que ante los estallidos de furia brusca e ingobernable a los que me abandonaba, mi resignada esposa, ¡ay!, era la más usual y serena de las sufrientes.



Un día me acompañó, en alguna tarea doméstica, al sótano del antiguo edificio que nuestra pobreza nos obligaba a habitar. El gato bajó siguiéndome por la escalera. Casi me hizo caer de cabeza, lo que me exasperó hasta la locura. Alcé un hacha, y olvidando, en mi ira, el pavor infantil que hasta entonces me había controlado la mano, apunté a darle un golpe al animal que, desde luego, de ocurrir como yo lo deseaba habría resultado fatal al instante. Pero el golpe fue detenido por la mano de mi esposa. Empujado, por la interferencia, a una rabia más que demoníaca, liberé el brazo de su mano y le enterré el hacha en el cerebro. Cayó muerta en el acto, sin un gemido.

Una vez cumplido este asesinato horrendo, me dediqué en seguida, y con toda deliberación, a la tarea de ocultar el cuerpo. Sabía que no podía sacarlo de la casa, de día o de noche, sin correr el riesgo de ser observado por los vecinos. Muchos proyectos me vinieron a la mente. En un momento pensé en cortar el cadáver en trozos pequeños y destruirlos en el fuego. En otro, decidí cavar una tumba para él en el sótano. En un tercero, consideré arrojarlo al pozo del patio; o meterlo en una caja, como si fuera una mercancía, con las disposiciones de costumbre, y pedirle a un mozo de cuerda que lo sacara de la casa. Por último encontré un recurso que consideré mucho mejor que los anteriores. Decidí emparedarlo en el sótano, del mismo modo en que se sabe que los monjes de la Edad Media emparedaban a sus víctimas.



El sótano estaba bien adaptado a un propósito de este tipo. Sus paredes estaban construidas de mala manera, y últimamente las habían cubierto con un revoque grosero, que la humedad de la atmósfera no había dejado endurecer. Además, en una de las paredes había un saliente, originado por una chimenea falsa, que había sido relleno para igualarlo con el resto del sótano. No tuve dudas de que podría sacar los ladrillos a esta altura, introducir el cadáver, y dejar la pared como antes, para que ninguna mirada pudiera detectar algo sospechoso.

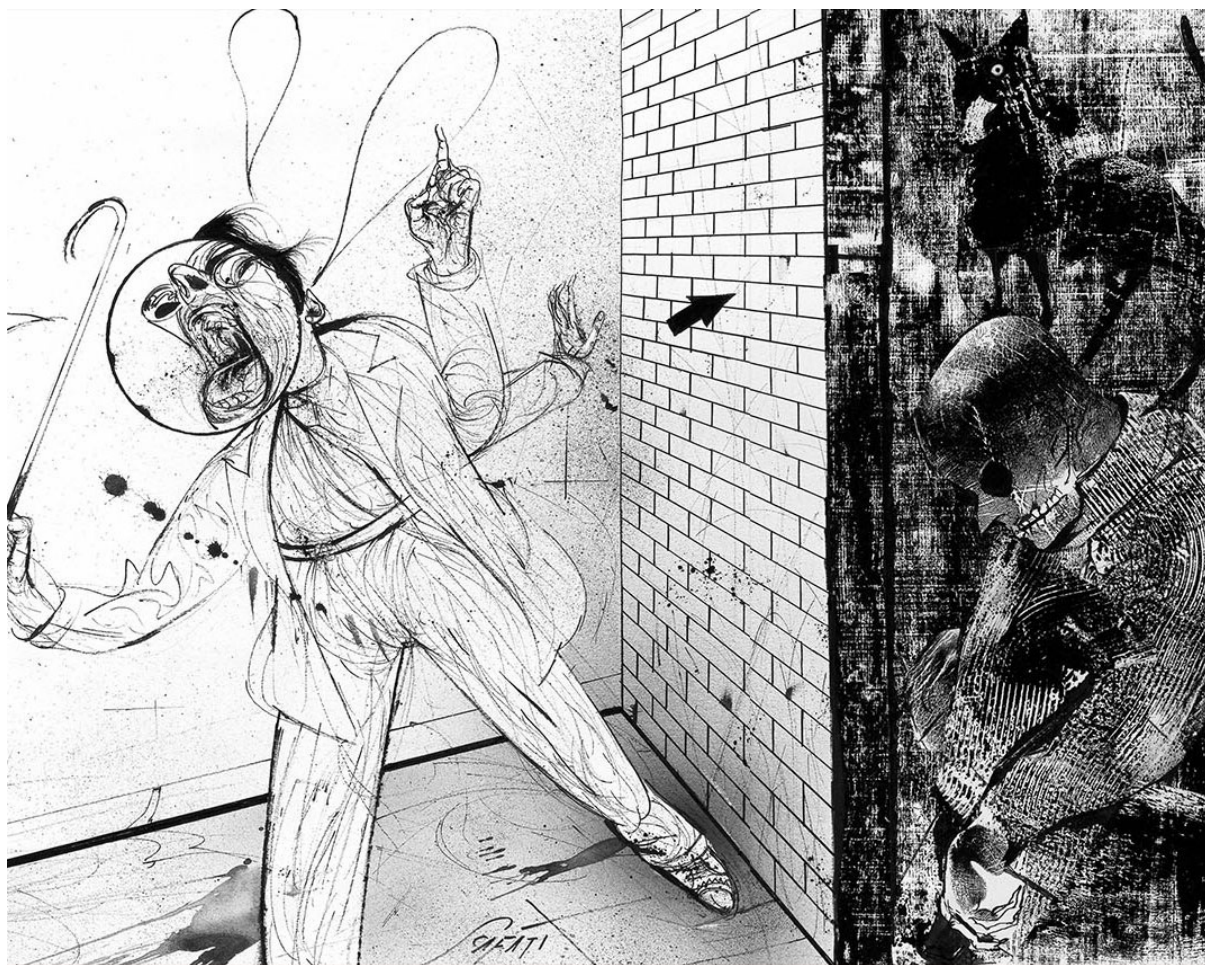
No me equivoqué en estos cálculos. Saqué los ladrillos con una palanca, y, una vez depositado el cadáver con cuidado contra el muro interior, lo sostuve en esa posición, mientras, con poco esfuerzo, volvía a alzar toda la estructura tal como estaba originalmente. Una vez que conseguí mortero, arena y pelo, con todas las precauciones posibles, preparé un revoque que no podía distinguirse del antiguo, y con él coloqué de nuevo los ladrillos con mucho cuidado. Una vez que terminé, me aseguré de que todo quedara bien. La pared no presentaba el menor aspecto de haber sido perturbada. Recogí los

residuos del piso con el mayor cuidado. Miré triunfante a mi alrededor, y me dije: «Al menos en esto, mi esfuerzo no ha sido en vano.»

Mi paso siguiente fue buscar a la bestia que había sido la causa de tanta desdicha; porque al fin estaba firmemente resuelto a matarlo. Si hubiera podido encontrarlo, en ese momento, no podrían haberse presentado dudas sobre su destino. Pero al parecer el artero animal se había alarmado con la violencia de mi furia anterior y evitaba presentarse, dado mi estado de ánimo. Es imposible describir, o imaginar, la sensación de profundo, bendito alivio que la ausencia de la detestada criatura provocó en mi pecho. No apareció durante la noche, y así al menos por una noche, desde que se había introducido en casa, dormí con un sueño profundo y tranquilo. ¡Sí, dormí incluso con el peso del asesinato sobre mi alma!

Pasaron el segundo y el tercer día, y mi atormentador no apareció. Volví a respirar otra vez como un hombre libre. ¡El monstruo, aterrorizado, había abandonado la casa para siempre! ¡Ya no tendría que contemplarlo! ¡Mi felicidad era suprema! La culpa de mi acción oscura me perturbaba, pero poco. Se habían hecho algunas averiguaciones, pero se habían contestado con facilidad. Incluso habían organizado una búsqueda: pero por supuesto no descubrieron nada. Veía mi felicidad futura como algo asegurado.

Al cuarto día del asesinato se presentó en la casa una partida policial, de modo muy inesperado, y procedió una vez más a hacer un registro riguroso de las instalaciones. Tranquilo, sin embargo, sobre lo inescrutable de mi lugar de ocultamiento, no sentí el menor embarazo. Los oficiales me pidieron que los acompañara en su búsqueda. No dejaron rincón o recoveco por explorar. Al fin, por tercera o cuarta vez, bajaron al sótano. No se me movió un músculo. Mi corazón latía con calma, como el de quien duerme en la inocencia. Caminé de un extremo al otro del sótano. Crucé los brazos sobre el pecho, y me paseé de un lado a otro. La policía quedó satisfecha por entero y se dispuso a partir. La alegría de mi corazón era demasiado intensa como para contenerla. Ardía por decir aunque fuese una sola palabra, a manera de triunfo, y por hacer doblemente segura la tranquilidad de ellos sobre mi falta de culpa.

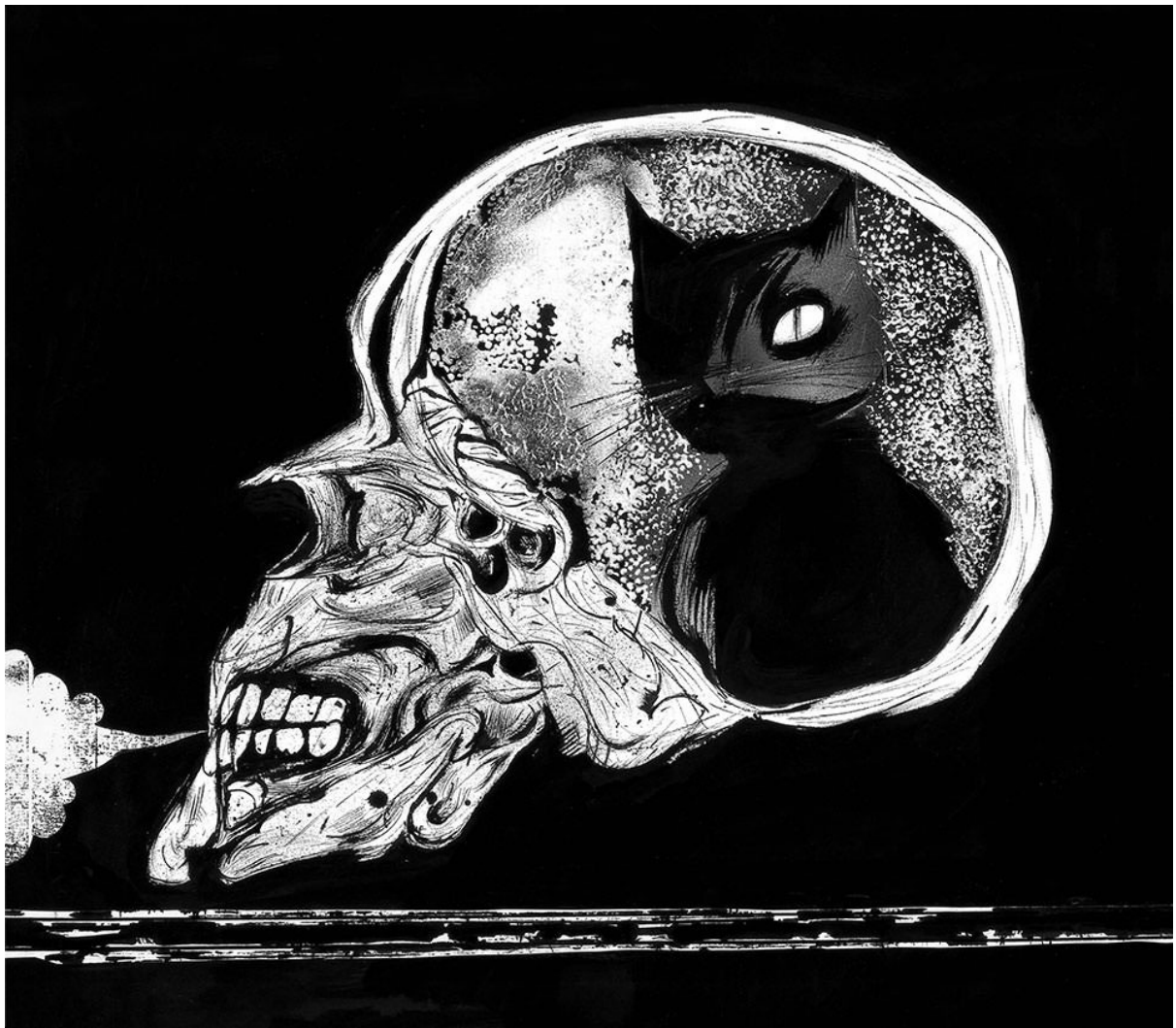


—Caballeros —dije al fin, mientras el grupo subía los escalones—, estoy encantado de haber disipado sus sospechas. Les deseo a todos buena salud, y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, caballeros, ésta... ésta es una casa muy bien construida. (En el deseo rabioso de decir algo con serenidad, apenas sabía lo que salía de mi boca). Podría decir, una casa excelentemente bien construida. Estas paredes... ¿se van, caballeros?... estas paredes están unidas con solidez —y entonces, llevado por el simple frenesí de mi jactancia, golpeé con fuerza, con un bastón que llevaba en la mano, justo sobre el tramo de ladrillos detrás de la cual estaba el cadáver de mi amada esposa.

¡Pero que Dios me proteja de los colmillos del Archidemonio! ¡En cuanto la reverberación de mis golpes se hundió en el silencio, fue contestada por una voz que provenía del interior de la tumba, un grito, al principio sofocado y quebradizo, como el sollozo de un niño, que creció después con rapidez hasta ser un grito prolongado, intenso, y continuo, del todo anormal e inhumano: un aullido, un chillido ululante, mitad horror y mitad triunfo, como sólo podría haber brotado del infierno, de las gargantas conjuntas de los condenados en su agonía y de los demonios que se regocijan en la condenación!

Sería tonto hablar de mis propios pensamientos. Mareado, trastabillé hasta la pared opuesta. Por un instante la partida policial permaneció inmóvil en la escalera, sobrecogida y aterrorizada en extremo. Un instante después una docena de brazos robustos trabajaban en la pared. Cayó con estruendo. El cadáver, ya muy descompuesto y con coágulos de sangre, se alzó erecto ante los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la boca roja abierta y un solitario ojo ígneo, estaba sentada la bestia cuya artimaña me había llevado al asesinato, y cuya voz delatora me había entregado al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo dentro de la tumba!





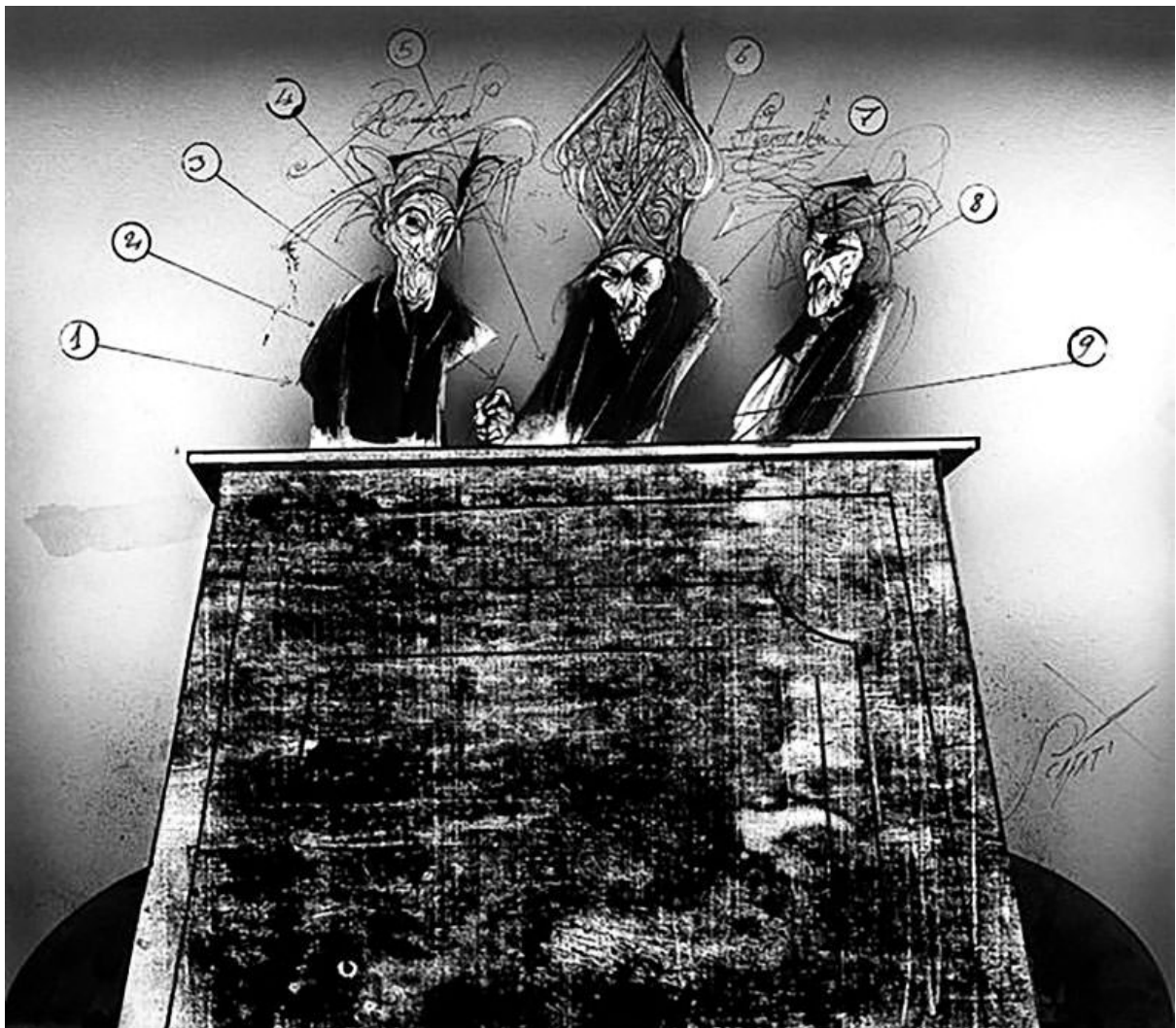
El pozo y el péndulo



*Impia tortorum longas hic turba furores
Sanginis innocui, non satiata, aluit.
Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antro,
Mors ubi dira fuit vita salusque patent.^[2]*

Estaba enfermo... mortalmente enfermo de aquella larga agonía; y cuando al fin me desataron, y me fue permitido sentarme, sentí que los sentidos me abandonaban. La sentencia —la temida sentencia de muerte— fue lo último nítido que llegó a mis oídos. Después de eso, el sonido de las voces inquisitoriales pareció fundirse en un solo zumbido indefinido. Comunicó a mi alma la idea de rotación, tal vez por la asociación en la fantasía con el girar de una rueda de molino. Sólo por un corto tiempo, porque pronto ya no oí nada más. Sin embargo, por un momento vi; ¡pero con qué exageración terrible! Vi los labios de los jueces con togas negras. Se me aparecieron blancos —más blancos que la hoja sobre la que trazo estas palabras— y delgados hasta lo grotesco; delgados con la intensidad de sus expresiones de firmeza, de resolución inamovible, de severo desdén por la tortura humana. Vi que los decretos de lo que para mí era el Destino, seguían surgiendo de aquellos labios. Los vi retorcerse en una frase letal. Los vi formar las sílabas de mi nombre; y me estremecí porque no seguía a eso ningún sonido. Vi, también, por unos pocos segundos de horror delirante, la ondulación suave y casi imperceptible de los cortinajes negros que rodeaban las paredes del aposento. Y después mi visión cayó sobre las siete altas velas que había sobre la mesa. Al principio tenían el aspecto de la caridad, y parecían blancos ángeles esbeltos que me salvarían; pero después, de golpe, una náusea mortal se adueñó de mi espíritu, y sentí que cada fibra del cuerpo se estremecía como si hubiese tocado el cable de una batería galvánica, mientras las formas de

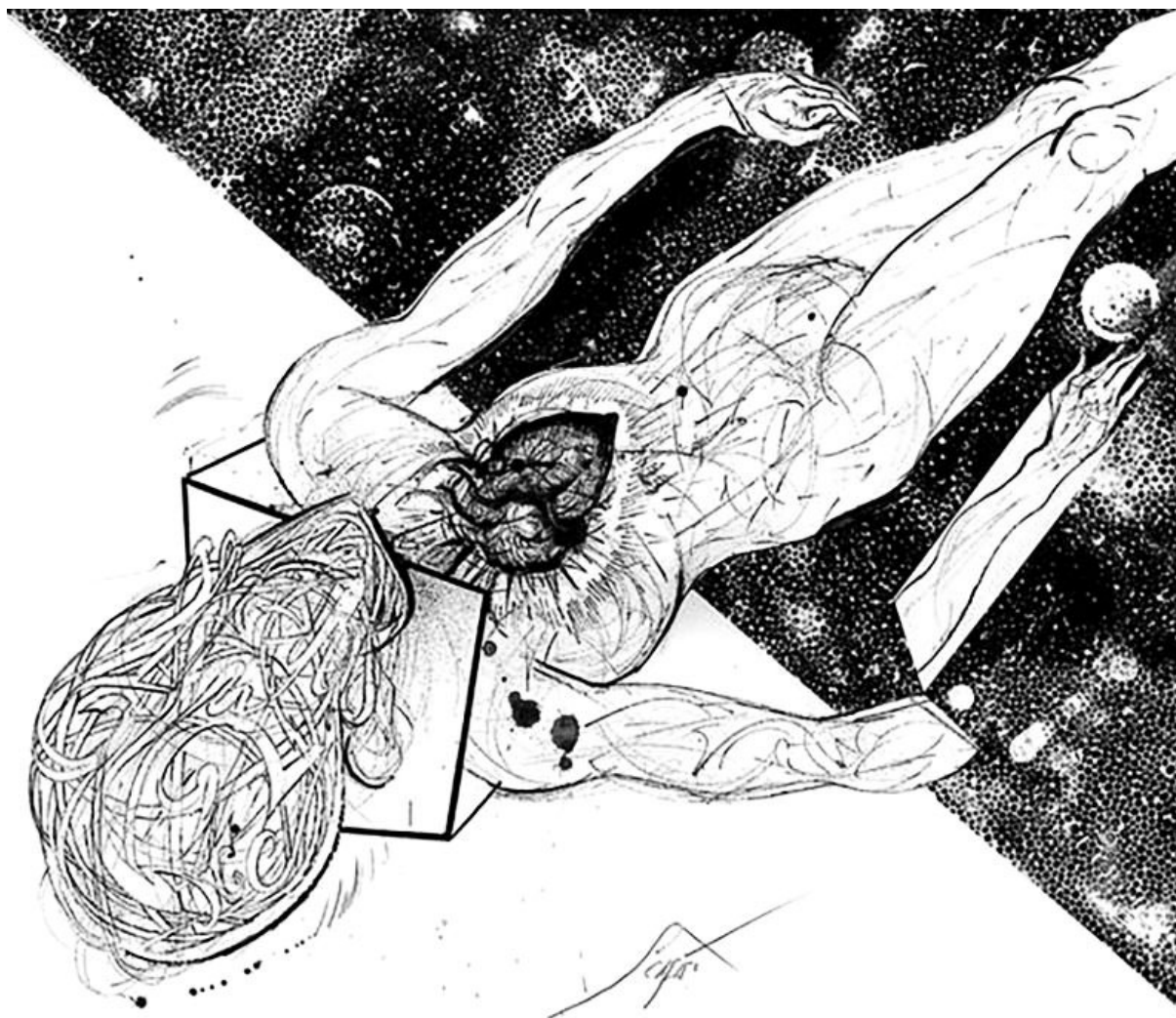
ángeles se convertían en espectros sin sentido, con cabeza de llama, y comprendí que de ellos no llegaría ayuda. Y después se me metió en la fantasía, como una densa nota musical, la idea del dulce descanso que debía de ser la tumba. La idea llegó suave y silenciosa, y pareció pasar largo tiempo antes de percibirla plenamente; pero justo cuando mi espíritu lograba al fin sentirla y considerarla correctamente, las figuras de los jueces se esfumaron ante mí como por arte de magia; las altas velas se hundieron en la nada; sus llamas se apagaron por entero; sobrevino la negrura de la oscuridad; todas las sensaciones parecieron tragadas por un loco descenso, rápido como el del alma en el Hades. Después, el silencio, la quietud y la noche fueron el universo.



Me había desmayado; pero aún así no diré que había perdido toda la conciencia. No trataré de definir, o incluso de describir, lo que quedaba de ella. En el sopor más profundo, ¡no! En el delirio, ¡no! En un desmayo, ¡no! En la muerte, ¡no! Incluso en la tumba no todo está perdido. De lo contrario,

no hay inmortalidad para el hombre. Al surgir del sueño más profundo, rompemos la telaraña de algún sueño. Sin embargo un segundo después (tan frágil puede haber sido esa tela) no recordamos lo que hemos soñado. En el regreso a la vida desde un desmayo hay dos etapas; primero, la del sentido de lo mental o espiritual; segundo, la del sentido de lo físico, la existencia. Parece probable, al alcanzar la segunda etapa, que si pudiéramos recordar las impresiones de la primera, deberíamos encontrarlas elocuentes en recuerdos del abismo al más allá. Y ese abismo es... ¿qué? ¿Cómo podemos distinguir al menos sus sombras de aquellas de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he denominado la primera etapa no son recordadas a voluntad, aun así, después de un largo intervalo, ¿no llegan espontáneas, mientras nos maravillamos del lugar de donde provienen? Aquel que nunca se ha desmayado no es quien descubre palacios extraños y rostros locamente familiares en los carbones ardientes; no es quien contempla visiones tristes que flotan en el aire y muchos pueden no ver; no es quien medita en el perfume de una flor nueva; no es aquel cuyo cerebro se va quedando perplejo con el sentido de cierta cadencia musical que nunca antes ha llamado su atención.

En medio de los frecuentes y cuidadosos intentos por recordar, en medio de los tenaces forcejeos por recoger algún dato del estado de aparente nada en el que mi alma se había perdido, hubo momentos en los que soñé con el éxito; momentos breves, muy breves en que conjuré remembranzas que la razón lúcida de una época posterior me asegura que pueden haberse relacionado sólo con esa condición de aparente inconsciencia. Estas sombras de recuerdo cuentan, vagamente, sobre figuras altas que me alzaron y me transportaron en silencio abajo... abajo... aún más abajo... hasta que un horrendo vahído me oprimió ante la sola idea del carácter interminable del descenso. También me hablan de un horror indefinido en el corazón, debido a la quietud nada natural de ese corazón. Después viene una sensación de repentina inmovilidad de todas las cosas; como si quienes me transportaban (¡procesión espantosa!) hubieran traspasado, en su descenso, los límites de lo ilimitado, y hecho una pausa por el cansancio de su tarea. Después de esto evoco una sensación de lisura y humedad; y después todo es locura: la locura de un recuerdo que se ocupa de cosas prohibidas.



Bruscamente volvieron a mi alma el movimiento y el sonido: el movimiento tumultuoso del corazón, y, en los oídos, el sonido de su latido. Después una pausa en la que todo está en blanco. Después otra vez el sonido, y el movimiento, y el tacto: una sensación de hormigueo que me invade el cuerpo. Después la simple consciencia de la existencia, sin pensamiento: un estado que duró largo tiempo. Después, muy bruscamente, el pensamiento, y un terror estremecedor, y el intento concentrado de comprender mi verdadero estado. Después un intenso deseo de dejarme caer en la insensibilidad. Después el veloz revivir del alma y el esfuerzo exitoso de moverme. Y entonces un recuerdo pleno del proceso, y de los jueces, de los cortinajes negros, y de la sentencia, de la enfermedad, del desmayo. Después el olvido completo de todo lo que siguió; de todo aquello que con el transcurso del tiempo y con gran esfuerzo fui capaz de recordar vagamente.

Hasta entonces no había abierto los ojos. Sentía que estaba tendido de espaldas, desatado. Estiré una mano, y cayó con pesadez sobre algo húmedo y duro. Dejé que quedara allí varios minutos, mientras me esforzaba por

imaginar dónde podía estar y qué era de mí. Ansié emplear mi visión, pero no me atreví. Temía la primera mirada a los objetos que me rodearan. No era que temiese mirar cosas horrendas, pero me espantaba cada vez más el temor de que no hubiera nada que ver. Al fin, con una desesperación salvaje en el corazón, de pronto dejé de tener cerrados los ojos. Mis peores pensamientos se vieron entonces confirmados. La negrura de la noche eterna me rodeó. Me esforcé por recobrar el aliento. La intensidad de la oscuridad pareció oprimirme y sofocarme. La atmósfera era cerrada hasta lo insoportable. Seguí tendido sin moverme, e hice un esfuerzo por ejercitar la razón. Me obligué a recordar las actuaciones inquisitoriales, y traté de deducir a partir de eso mi condición real. La sentencia había sido dictada; y me pareció que había transcurrido un largo intervalo desde entonces. Sin embargo no me supuse realmente muerto ni por un momento. Tal suposición, a pesar de lo que leemos en la ficción, es incoherente por completo con la existencia real. ¿Pero dónde y en qué estado estaba? Los condenados a muerte, lo sabía, perecían por lo común en los *auto-da-fé*,^[3] y uno de ellos se había realizado la misma noche de mi proceso. ¿Me habrían devuelto a la mazmorra, a esperar el sacrificio siguiente, que no tendría lugar hasta varios meses después? Comprendí de inmediato que eso no podía ser. Había una demanda inmediata de víctimas. Además, mi mazmorra, al igual que las celdas de condenados de Toledo, tenía piso de piedra, y la luz no estaba excluida por entero.



Una idea temible volcó de pronto torrentes de sangre en mi corazón, y por un breve período caí de nuevo en la insensibilidad. Al recobrarme, me puse en pie de un salto, con un temblor convulsivo en cada fibra. Proyecté los brazos locamente a mi alrededor en toda dirección. No sentí nada; aun así tenía miedo de dar un paso, por el horror de que me lo impidieran las paredes de una tumba. La transpiración me brotaba de cada poro, y se me quedaba adherida en grandes gotas heladas sobre la frente. La agonía del suspenso creció a un punto intolerable, y me moví cautelosamente hacia adelante, los brazos extendidos y los ojos esforzándose en las órbitas, con la esperanza de captar algún tenue rayo de luz. Avancé muchos pasos; pero todo seguía negro y vacío. Respiré con más libertad. Parecía evidente que el mío no era, al menos, el peor de los destinos.

Y mientras con cuidado seguía dando pasos hacia adelante, se me apiñaron en el recuerdo mil rumores vagos sobre los horrores de Toledo. Se contaban cosas extrañas sobre las mazmorras, siempre las había considerado fábulas, pero aún así extrañas, y demasiado espantosas para repetir las, salvo

en un susurro. ¿Me iban a dejar morir de hambre en aquel mundo subterráneo de oscuridad; o qué destino, tal vez aún más temible, me esperaba? Conocía demasiado bien el carácter de mis jueces como para dudar de que el resultado sería la muerte, y una muerte de una inclemencia fuera de lo común. El modo y la hora eran todo lo que me ocupaba o distraía.

Mis manos tendidas dieron al fin con un obstáculo sólido. Era una pared, al parecer de piedra: muy lisa, pegajosa, y fría. La seguí, pisando con toda la desconfiada cautela que ciertos relatos antiguos me habían inspirado. Este método, sin embargo, no me suministraba medios para precisar las dimensiones de la mazmorra, ya que podía recorrer su perímetro y regresar al punto de partida sin ser consciente del hecho, tan perfectamente uniforme parecía la pared. Por lo tanto busqué el cuchillo que había estado en mi bolsillo cuando me llevaron a la cámara inquisitorial; pero había desaparecido; me habían cambiado mis prendas por una bata de sarga áspera. Había pensado en meter la hoja en alguna grieta pequeña del muro, para identificar mi punto de partida. De todos modos la dificultad era trivial, aunque en el desorden de mi imaginación parecía al principio insuperable. Desgarré una parte del ruedo de mi vestido y coloqué el fragmento estirado al máximo y en ángulo recto con respecto a la pared. Al tantear mi camino alrededor de la prisión, no podía dejar de encontrar este trapo cuando completara el circuito. Eso fue al menos lo que pensé; pero no había contado con la amplitud de la mazmorra, o con mi propia debilidad. El suelo era húmedo y resbaladizo. Avancé tambaleante durante un rato, hasta que tropecé y caí. Mi fatiga excesiva me indujo a permanecer postrado; y pronto me invadió el sueño.



Al despertar, y estirando un brazo, encontré junto a mí un pan y una jarra con agua. Estaba demasiado exhausto para reflexionar sobre el hecho, así que comí y bebí con avidez. Poco después reanudé mi recorrido alrededor de la prisión, y con gran esfuerzo llegué al fin al trozo de tela. Hasta el momento en que caí había contado cincuenta y dos pasos, y, al reanudar la caminata, conté otros cuarenta y ocho hasta llegar al trazo. Así que en total eran cien pasos; y calculando dos pasos por metro, supuse que la mazmorra tenía cincuenta metros de perímetro. Había encontrado sin embargo muchos ángulos en la pared, y eso no me permitía adivinar la forma de la cripta; porque no podía dejar de suponer que era una cripta.

Estas investigaciones tenían poca utilidad y, por cierto, ninguna esperanza; pero una vaga curiosidad me impulsaba a seguir las. Apartándome de la pared, decidí cruzar la superficie del recinto. Al principio actué con enorme cautela, porque el piso, aunque parecía de material sólido, era traicionero por el limo. Al fin, sin embargo, tomé coraje, y no vacilé en pisar con firmeza, tratando de cruzarlo en una línea tan recta como fuera posible. Había avanzado unos diez o doce pasos de este modo, cuando el resto del ruedo desgarrado de mi prenda se me enredó entre las piernas. Lo pisé y caí con violencia, la cara contra el suelo.

En la confusión posterior a la caída no capté de inmediato una circunstancia de algún modo asombrosa, que sin embargo, segundos después, mientras seguía postrado, me llamó la atención: mi barbilla descansaba sobre el suelo de la prisión, pero mis labios, y la parte superior de mi cabeza, aunque al parecer menos elevados que la barbilla, no tocaban nada. Al mismo tiempo, tenía la frente como bañada por un vapor pegajoso, y el olor peculiar de los hongos descompuestos me subía a las narices. Adelanté el brazo, y me estremeció descubrir que había caído al borde mismo de un pozo circular, cuya extensión, por supuesto, no tenía medios de precisar por el momento. Al tantear los ladrillos que se encontraban justo debajo del borde, logré sacar un pequeño fragmento, y lo dejé caer al abismo. Durante muchos segundos escuché las reverberaciones, mientras en su descenso chocaba contra los costados de la sima: al fin, hubo una brusca zambullida en agua, seguida de ecos sonoros. En el mismo instante, llegó un sonido que parecía el rápido abrirse y cerrarse de una puerta arriba, mientras un tenue rayo de luz relampagueaba brusco a través de la sombra, y se esfumaba con la misma brusquedad.

Vi con claridad el destino lúgubre que me habían preparado, y me felicité del oportuno accidente gracias al cual había escapado. Un paso más antes de

mi caída, y el mundo no habría vuelto a verme. Y la muerte que acababa de evitar era justo del tipo que había considerado como fabulosa y frívola en los cuentos sobre la Inquisición. Para las víctimas de su tiranía, existía la elección entre la muerte con sus agonías físicas más espantosas, y la muerte con sus horrores morales más ocultos. Me habían reservado estos últimos. El largo sufrimiento me había deshecho los nervios, hasta temblaba ante el sonido de mi propia voz, y me había convertido en todo sentido en un sujeto adecuado para el tipo de tortura que me esperaba.

Con todos los miembros sacudidos, tanteé mi regreso a la pared: decidí morir allí antes que arriesgarme a los terrores de los pozos, que mi imaginación ahora pintaba en distintos lugares de la mazmorra. En otro estado mental, podría haber tenido el coraje de terminar con mi desdicha de inmediato, lanzándome a uno de esos abismos; pero en ese momento era el más auténtico de los cobardes. Tampoco podía olvidar lo que había leído sobre estos pozos: que la extinción brusca de la vida no formaba parte de su muy horrible plan.

La agitación espiritual me mantuvo despierto durante muchas largas horas; pero al fin volví a dormirme. Al despertar, encontré a mi lado, como antes, un pan y una jarra de agua. Me consumía una sed ardiente, y vacié el recipiente de un trago. Debía tener alguna droga, porque apenas había terminado de beber cuando sentí una soñolencia irresistible. Un sueño profundo cayó sobre mí: un sueño como el de la muerte. Desde luego no sé cuánto duró; pero cuando volví a abrir los ojos, los objetos que me rodeaban eran visibles. Gracias a un resplandor alocado, sulfuroso, cuyo origen no pude determinar al principio, pude ver la amplitud y el aspecto de la prisión.

Me había confundido mucho con su tamaño. El perímetro entero de las paredes no excedía los veinticinco metros. Por unos minutos este hecho me llevó a un mundo de preocupaciones vanas. ¡Vaya si lo eran! ¿Qué podía tener menos importancia, en las terribles circunstancias que me rodeaban, que la simple dimensión de la mazmorra? Pero mi alma tenía un loco interés en tonterías, y me ocupé en esfuerzos por dar cuenta del error que había cometido en mis medidas. Al fin me golpeó la verdad. En mi primer intento de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento en que caí: debo de haber estado entonces a un paso o dos del fragmento de sarga; en realidad, casi había recorrido el perímetro de la cripta. Después dormí, y, al despertar, seguramente volví sobre mis pasos, suponiendo así que la medida del perímetro duplicaba casi la real. La confusión mental me impidió observar

que empecé mi recorrido con la pared a la izquierda, y la terminé con la pared a la derecha.

También me había engañado respecto a la forma del recinto. Al tantear mi camino había descubierto muchos ángulos y deduje así que era muy irregular. ¡Tan potente es el efecto de la oscuridad total sobre alguien que despierta del letargo o el sueño! Los ángulos eran simplemente leves depresiones, o nichos, a intervalos desparejos. La forma general de la prisión era cuadrada. Lo que había tomado por mampostería ahora me parecía hierro, o algún otro metal, en planchas enormes, cuyas juntas o suturas provocaban la depresión. La superficie completa de aquel recinto metálico estaba pintada burdamente con todas las invenciones odiosas y repulsivas a las que habían dado lugar las supersticiones sepulcrales de los monjes. Figuras de demonios de aspecto amenazante, con forma de esqueleto, y otras imágenes aun más terribles, se desplegaban y desfiguraban las paredes. Observé que los contornos de estas monstruosidades eran bastante nítidos, pero los colores parecían desteñidos y borrosos, por efecto de la atmósfera húmeda. Ahora advertía que también el suelo era de piedra. En el centro bostezaba el pozo circular de cuyas mandíbulas había escapado; pero era el único de la mazmorra.

Vi todo esto difusamente y con bastante esfuerzo: porque mi condición personal había cambiado mucho durante el sueño. Ahora estaba tendido de espaldas, y bien estirado, sobre una especie de armazón bajo de madera. Estaba firmemente atado a él con una cinta larga que parecía una correa de cuero. Daba muchas vueltas sobre los miembros y el cuerpo, dejándome en libertad sólo la cabeza y el brazo izquierdo lo suficiente como para, a fuerza de estirarlo, alcanzar la comida de un plato de barro ubicado junto a mí en el suelo. Vi, para mi horror, que habían quitado la jarra. Digo para mi horror, porque me consumía una sed intolerable. El plan de mis perseguidores parecía ser estimular esa sed: porque la comida del plato era carne muy condimentada.

Al mirar hacia arriba, examiné el techo de mi prisión. Estaba a unos diez o doce metros de altura, construido de modo muy semejante al de las paredes laterales. En uno de sus paneles una figura muy singular centró toda mi atención. Era la figura pintada del Tiempo como se la representa por lo común, salvo que, en lugar de la guadaña, sostenía lo que a primera vista supuse que era la imagen pintada de un péndulo enorme, como el que vemos en los relojes antiguos. Había algo, sin embargo, en el aspecto de esta máquina que me hizo mirarla con mayor atención. Mientras la miraba, directo hacia arriba (porque estaba exactamente sobre mí), imaginé que la veía en

movimiento. Un instante después la fantasía quedó confirmada. Su oscilación era breve, y por supuesto lenta: la contemplé unos minutos, un poco asustado, pero aún más maravillado. Cansado al fin de observar su aburrido movimiento, dirigí los ojos a los demás objetos de la celda.



Un leve ruido atrajo mi atención, y, al mirar al suelo, vi cómo lo cruzaban varias ratas enormes. Habían salido del pozo, que estaba justo al alcance de mi vista. Entonces, mientras miraba, llegaron en tropel, apuradas, con ojos hambrientos, atraídas por el aroma de la carne. Fue necesario mucho esfuerzo y atención para asustarlas y apartarlas de ella.

Podría haber pasado media hora, tal vez incluso una hora (porque mi noción del tiempo era imperfecta), antes de que pudiera volver a mirar hacia arriba. Lo que vi entonces me confundió y asombró. La oscilación del péndulo había aumentado su extensión casi un metro. Como consecuencia natural, su velocidad también era mucho mayor. Pero lo que me inquietó sobre todo fue la idea de que había descendido de modo perceptible. Observé —es innecesario aclarar con qué gran horror— que su extremo inferior estaba formado por una media luna de acero refulgente, de más o menos treinta centímetros de una punta a otra; esas puntas estaban hacia arriba, y el borde inferior evidentemente tenía el filo de una navaja. También como una navaja, el péndulo parecía macizo y pesado, ensanchándose desde el borde hacia una estructura superior sólida y ancha. Estaba colgado de una pesada barra de bronce, y el conjunto silbaba mientras se hamacaba en el aire.

Ya no pude dudar de la muerte preparada para mí por la inventiva monástica para la tortura. Mi conocimiento del pozo había llegado a oídos de mis agentes inquisitoriales: el pozo, cuyos horrores habían estado destinados a un réprobo tan audaz como yo, el pozo, típico del infierno, y considerado por los rumores como la Última Thule de todos sus castigos. Yo había evitado la zambullida en el pozo por el accidente más simple, y sabía que la sorpresa, o estar atrapado en el tormento, formaban una porción importante del estilo grotesco de aquellas muertes en la mazmorra. Al no caer, ya no formaba parte del plan demoníaco arrojarme al abismo; y así (al no haber alternativa) me esperaba una distracción distinta y más suave. ¡Más suave! Sonreí a medias en mi agonía cuando pensé en la aplicación de un término como ese.



¡Qué importa hablar de las largas, largas horas de horror más que mortal, en las cuales conté las oscilaciones veloces del acero! ¡Centímetro a centímetro, línea a línea, con un descenso sólo apreciable a intervalos que parecían eras, bajaba y seguía bajando! Pasaron los días, podían haber pasado muchos días, antes de que pasara tan cerca de mí como para abanicarme con su aliento acre. El olor del acero afilado se me metía en las narinas. Recé... cansé al cielo con mi ruego por un descenso más rápido. Me puse frenéticamente loco, y luché por obligarme a alzar el cuerpo contra la curva de la cimitarra temible. Y después me sentí calmo de pronto, y quedé tendido sonriendo a la muerte refulgente, como un niño con un juguete nuevo.

Hubo otro intervalo de insensibilidad completa; fue breve; porque, al entrar de nuevo en la vida, no se había producido un descenso perceptible del péndulo. Pero el lapso podía haber sido prolongado: porque sabía que había demonios que tomaban nota de mi desmayo, y que podrían haber detenido la oscilación a voluntad. Al recobrarme, además, me sentí muy cansado y enfermo —oh, hasta lo inexpresable—, como si hubiera pasado un largo

período de inanición. Incluso en medio de las agonías, la naturaleza humana ansiaba comida. Con un esfuerzo doloroso estiré el brazo izquierdo tan lejos como me lo permitían mis ataduras, y me apoderé del pequeño resto que habían dejado de lado las ratas. Cuando me puse una porción entre los labios, se me precipitó a la mente un pensamiento incompleto de alegría... de esperanza. Sin embargo, ¿qué tenía yo que ver con la esperanza? Era, como digo, un pensamiento incompleto: el hombre tiene muchos así, que nunca se consuman. Sentía que era de alegría, de esperanza; pero también sentía que había muerto en su misma génesis. En vano me esforzaba por perfeccionarlo, por volver a tenerlo. El prologando sufrimiento casi había aniquilado todos mis poderes mentales habituales. Era un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo formaba un ángulo recto con el largo de mi cuerpo. Comprendí que la media luna estaba pensada para cruzar la región del corazón. Deshilacharía la sarga de mi prenda... regresaría y repetiría sus operaciones... otra vez... y otra. A pesar de la curva terroríficamente amplia (unos nueve metros o más), y el vigor sibilante del descenso, suficiente para hendir aquellas paredes de hierro, aun así el desgarramiento de mi prenda sería todo lo que lograría, durante varios minutos. Y ante esta idea hice una pausa. No me atrevía a ir más allá con esta reflexión. Me demoraba en ella con tenaz atención, como si al demorarme así pudiera detener en ese punto el descenso del acero. Me obligué a cavilar sobre el sonido de la media luna cuando pasaba a través de la prenda, sobre la peculiar sensación estremecedora que la fricción de la ropa produce en los nervios. Pensé en todas estas frivolidades hasta que me rechinaron los dientes.



Abajo... siempre se arrastraba hacia abajo. Me daba un placer frenético contrastar su caída hacia abajo con su velocidad lateral. ¡A la derecha, a la izquierda, lejos y amplio, con el chillido de un espíritu condenado! ¡Hacia mi corazón, con el paso sigiloso del tigre! Me reía y aullaba alternativamente, según imperaba una u otra idea.

Abajo... ¡certero, implacable hacia abajo! ¡El péndulo oscilaba a ocho centímetros de mi pecho! Forcejeé con violencia, con furia, para librar el brazo izquierdo. Estaba libre sólo desde el codo a la mano. Con gran esfuerzo podía estirar la mano, desde el plato a la boca, pero no más allá. Si hubiera podido romper las ataduras por encima del codo habría agarrado el péndulo para tratar de detenerlo. ¡Habría sido lo mismo que tratar de detener una avalancha!

¡Abajo, incesante, inevitablemente abajo! Jadeaba y forcejeaba ante cada oscilación. Me encogía convulsivo a cada curva. Mis ojos seguían su trayectoria hacia arriba y hacia afuera con la ansiedad de la desesperación sin sentido; se cerraban espasmódicos ante el descenso, ¡aunque la muerte habría

sido un alivio, oh, indecible! Aun así me hacía temblar cada nervio pensar qué leve caída de la maquinaria habría precipitado aquel hacha afilada, refulgente, sobre mi pecho. Era la esperanza lo que inducía al nervio a temblar, al cuerpo a encogerse. Era la esperanza, la que triunfa sobre el potro de tortura, la que susurra al condenado a muerte incluso en las mazmorras de la Inquisición.

Comprendí que diez o doce oscilaciones más pondrían el acero en contacto real con mi prenda, y con esta observación invadió de pronto mi espíritu la calma aguda, recoleta, de la desesperación. Por primera vez en muchas horas, tal vez días, pensé. Se me ocurrió entonces que la banda, o la correa que me rodeaba, era única. No estaba atado con cuerdas separadas. El primer golpe de la media luna afilada como una navaja a través de cualquier porción de la banda la desprendería de modo tal que yo podría desatarla con la mano izquierda. ¡Pero qué temible en ese caso la cercanía del acero! ¡Qué mortal el resultado del menor forcejeo! ¿Era probable, además, que los subalternos del torturador no hubiesen previsto y tomado medidas ante esta posibilidad? ¿Era probable que la banda me cruzara el pecho en el camino del péndulo? Con el terror de ver frustrada mi leve y, al parecer, última esperanza, alcé la cabeza tan alto como para tener una visión precisa del pecho. La correa me rodeaba los miembros y el cuerpo en toda dirección... salvo en el camino de la media luna destructora.

Apenas había vuelto a dejar caer la cabeza en su posición original, cuando relampagueó a través de mi mente lo que no puedo describir mejor que como la parte que completaba aquella idea de liberación a la que ya he aludido, y de la que sólo una mitad había flotado vagamente a través de mi cerebro cuando me llevé la comida a los labios ardientes. Ahora el pensamiento entero estaba presente, débil, apenas sensato, apenas definido, pero aun así completo. Me dediqué de inmediato, con la energía nerviosa de la desesperación, a intentar su ejecución.



Durante muchas horas la vecindad inmediata del almacén sobre el que yacía había estado literalmente pululante de ratas. Eran salvajes, audaces, hambrientas, con los ojos rojos ardientes clavados en mí como esperando que estuviera inmóvil para convertirme en su presa. «¿A qué comida se acostumbraron en el pozo?», pensé.

Habían devorado, a pesar de mis esfuerzos por impedirlo, todo salvo un pequeño resto del contenido del plato. Sin darme cuenta, había estado repitiendo un movimiento monótono de la mano encima del plato; y al fin la uniformidad inconsciente del movimiento lo privó de su efecto. En su voracidad, las alimañas me clavaron a menudo los colmillos agudos en la mano. Con las partículas de la vianda aceitosa y condimentada que ahora quedaba, froté bien las correas en los sitios que podía alcanzar; después, alzando la mano del suelo, me quedé quieto, sin respirar.

Al principio, los animales voraces se sobresaltaron y se aterrorizaron ante el cambio, ante la detención del movimiento. Se encogieron alarmados hacia atrás; muchos buscaron el pozo. Pero fue sólo un momento. No había contado

en vano con su voracidad. Al observar que seguía sin moverme, uno o dos de los más audaces saltaron sobre el armazón, y olfatearon la correa. Esto pareció la señal para una oleada general. Surgieron del pozo como tropas impetuosas. Se aferraron a la madera, la invadieron, y saltaron por cientos sobre mi persona. El movimiento regular del péndulo no las perturbaba en absoluto. Evitando sus golpes, se ocuparon de la banda untada. Pulularon sobre mí en apretados montones. Se retorcieron sobre mi garganta; sus labios fríos buscaron los míos; estaba sofocado a medias por su presión; un asco para el cual el mundo no tiene nombre me hinchó el pecho, y me congeló el corazón, con una densa viscosidad. Un minuto después sentí que la lucha había terminado. Percibí que la banda se aflojaba. Supe que en más de un sitio ya debía de estar cortada. Con una entereza sobrehumana permanecí quieto.

No había errado en mis cálculos, ni había sufrido en vano. Sentí que al fin estaba libre. La correa me colgaba del cuerpo en tiras. Pero el golpe del péndulo ya me llegaba al pecho. Había rasgado la tela de mi bata. Había cortado el lino que tenía debajo. Osciló dos veces más, y una aguda sensación de dolor se disparó a través de cada nervio. Pero había llegado el momento de la fuga. Con un movimiento de la mano mis liberadoras se alejaron precipitadamente. Con un movimiento firme —cauto, de costado, encogido y lento— me deslicé fuera del abrazo de la correa, más allá del alcance de la cimitarra. Al menos por el momento, estaba libre.

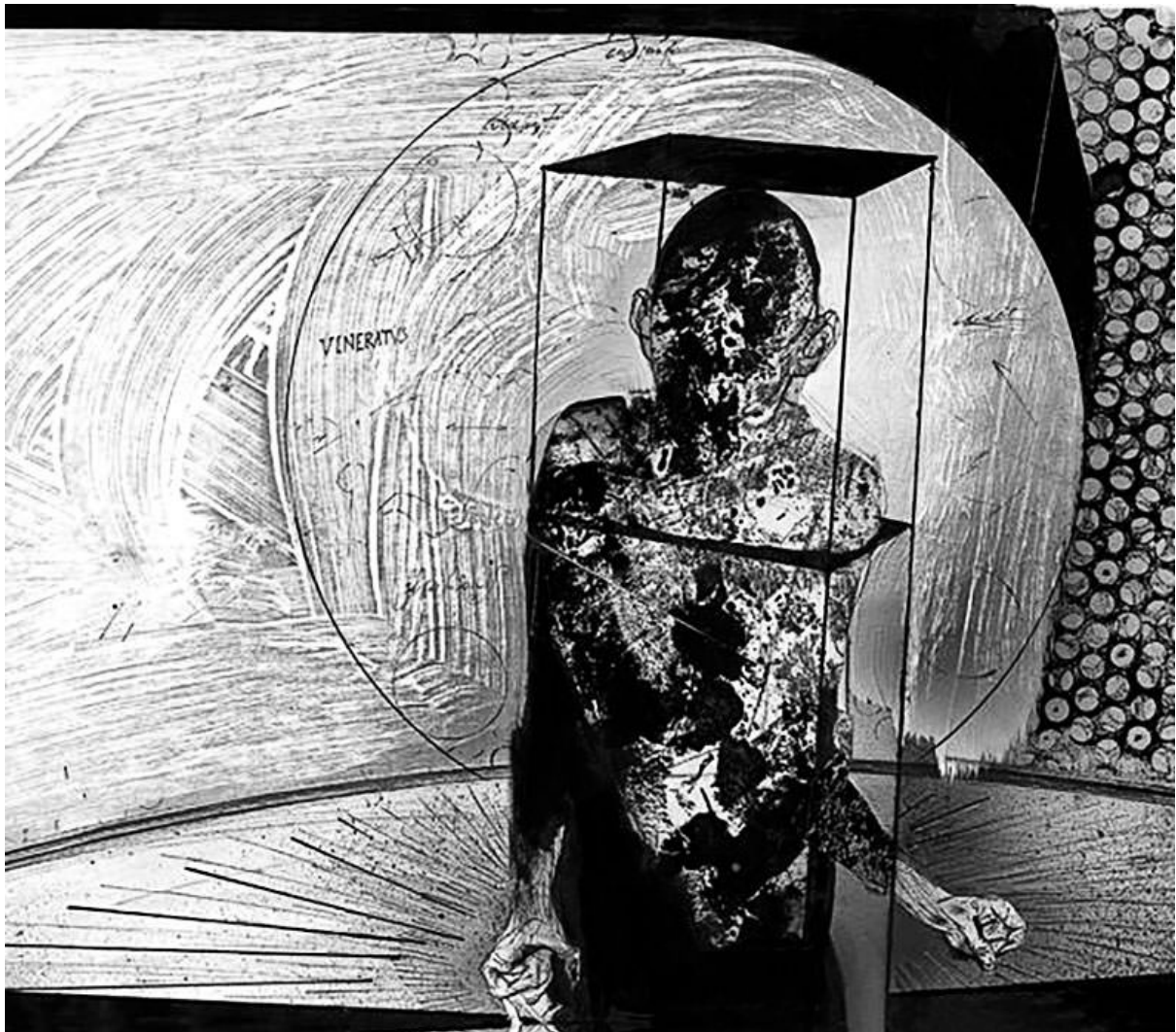
¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición! Apenas había dado unos pasos fuera del horroroso lecho de madera sobre el piso de piedra de la prisión, cuando el movimiento de la máquina infernal se detuvo, y vi cómo la elevaban, mediante alguna fuerza invisible, a través del techo. Esa fue una lección que aprendí bien, desesperado. Sin duda cada uno de mis movimientos era observado. ¡Libre!: apenas había escapado a la muerte en una forma de agonía, para ser entregado a algo peor que la muerte de otra manera. Con ese pensamiento recorrí nerviosamente con la mirada las barras de hierro que me encerraban. Era obvio que algo inusual, un cambio que al principio no pude apreciar con nitidez, se había producido en el recinto. Ocupé muchos minutos de una abstracción ensoñada y temblorosa en seguir conjeturas vanas, inconexas. Durante ese período tomé conciencia, por primera vez, del origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una fisura de un par de centímetros de ancho, que se extendía por entero alrededor de la prisión en la base de las paredes, eso parecían, que estaban separadas por completo del piso. Me esforcé, pero desde luego en vano, por mirar a través de la abertura.

Cuando me paré después del intento, el misterio de la alteración de la cámara llegó de inmediato a mi entendimiento. He señalado ya que, aunque los contornos de las figuras sobre las paredes eran bastante nítidos, los colores parecían borrosos e indefinidos. Esos colores habían adquirido un brillo asombroso y muy intenso, que aumentaba por momentos, lo que daba a los retratos espectrales y demoníacos un aspecto que podría haber estremecido nervios más firmes que los míos. Ojos de demonio, de una vivacidad salvaje y espantosa, me miraban desde todos los ángulos, donde ninguno era visible antes, y refulgían con el lustre morboso de un fuego que no pude obligar a mi imaginación a considerar irreal.

¡Irreal! ¡Incluso al respirar llegó a mis narices el aliento del vapor del hierro recalentado! ¡Un olor sofocante invadía la prisión! ¡Un resplandor cada vez más profundo se instalaba en los ojos que brillaban ante mis agonías! Un tinte escarlata más denso se difundió sobre los pintados horrores de la sangre. ¡Jadeé! ¡Traté de recobrar el aliento! No podía haber dudas sobre el plan de mis atormentadores... ¡oh, los más implacables, los más diabólicos de los hombres! Me encogí apartándome del metal encendido hacia el centro de la celda. En medio del pensamiento de la feroz destrucción que me esperaba, la idea de la frescura del pozo se le apareció a mi alma como un bálsamo. Me precipité al borde mortal. Me esforcé por ver allá abajo. El resplandor del techo encendido iluminó sus rincones más íntimos. Sin embargo, por un momento salvaje, mi espíritu se negó a comprender el sentido de lo que veía. Al fin se abrió camino hacia mi alma, ardió sobre mi razón estremecida. ¡Oh, una voz para hablar, oh horror, oh, cualquier horror menos éste! Con un aullido, me aparté con rapidez del borde, y enterré el rostro en las manos, llorando amargamente.

El calor aumentó con rapidez, y una vez más alcé la mirada, temblando como en un ataque de paludismo. Se había producido un segundo cambio en la celda, y ahora el cambio era obviamente la forma. Como antes, fue en vano que al principio tratara de apreciar o comprender lo que estaba ocurriendo. Pero no quedé mucho tiempo en la duda. La venganza inquisitorial había sido apresurada por mi fuga en dos etapas, y no había por qué demorar más con el Rey de los Terrores. El cuarto había sido cuadrado. Vi que dos de los ángulos de acero eran ahora agudos... y dos, por lo tanto, obtusos. La temible diferencia aumentaba con rapidez con un rodar grave, gimiente. En un instante el recinto había cambiado su forma para ser un rombo. Pero la alteración no se detuvo allí, yo no esperaba ni deseaba que se detuviera. Podría haber estrechado las paredes rojas contra mi pecho como una prenda

de paz eterna. «Muerte», dije, «¡cualquier muerte salvo la del pozo!» ¡Tonto! ¿no debía haber sabido que el objeto del acero ardiente era urgirme a meterme en el pozo? ¿Podría resistir su resplandor? O incluso entonces, ¿podría soportar su presión? El rombo se volvía cada vez más estrecho, con una rapidez que no dejaba tiempo para la contemplación. Su centro, y desde luego su largo, llegaban ya al abismo bostezante. Me encogí hacia atrás... pero las paredes que se cerraban me presionaban irresistibles hacia adelante. Al fin no quedó un centímetro donde mi cuerpo ardiente y dolido pudiera hacer pie. Dejé de luchar, pero la agonía de mi alma tuvo una válvula de escape en un grito alto, prolongado y final de desesperación. Sentí que me tambaleaba sobre el borde... aparté los ojos...





¡Hubo un zumbido discordante de voces humanas! ¡Hubo un estruendo triunfal de trompetas! ¡Hubo un chirrido áspero como de mil truenos! ¡Las paredes feroces se precipitaron hacia atrás! Un brazo tendido aferró mi propio brazo cuando caía, desmayándome, al abismo. Era el brazo del General Lasalle. El ejército francés había entrado en Toledo. La Inquisición estaba en manos de sus enemigos.

Entierro prematuro



Existen ciertos temas absolutamente absorbentes, pero también completamente horribles para los propósitos de la ficción legítima. El mero romántico debe evitarlos, si no desea ofender o disgustar. Sólo son manejados con corrección cuando la severidad y majestad de la Verdad los santifica y sostiene. Nos estremecemos, por ejemplo, con el más intenso «dolor placentero», en los relatos del Paso del Beresina, el Terremoto de Lisboa, la Plaga de Londres, la Masacre de San Bartolomé, o el sofocamiento de los ciento veintitrés prisioneros del Pozo Negro de Calcuta. Pero en estos relatos lo que emociona es el hecho, la realidad, la historia. Como invenciones, los consideraríamos con sencillo aborrecimiento.

He mencionado unas pocas de las calamidades más destacadas y augustas que se han registrado; pero en ellas es la vastedad, no menos que la calamidad en sí misma, lo que impresiona tan vívidamente la fantasía. No necesito recordar al lector que, del prolongado y retorcido catálogo de las desgracias humanas, podría haber elegido muchos ejemplos individuales más repletos de sufrimiento esencial que cualquiera de esas vastas generalidades del desastre.



La desdicha auténtica, por cierto —la aflicción definitiva— es particular, no difusa. ¡Demos gracias a un Dios misericordioso de que los extremos espantosos de la agonía sean soportados por el hombre como unidad, y nunca por el hombre como masa!

Ser enterrado vivo es, sin discusión, el más terrorífico de los extremos que haya caído alguna vez sobre los simples mortales. Que ha caído con frecuencia, con mucha frecuencia, difícilmente sea negado por aquellos que piensan. Los límites que dividen la Vida de la Muerte son en el mejor de los casos penumbrosos y vagos. ¿Quién es capaz de decir dónde termina una, y donde empieza la otra? Sabemos que hay enfermedades en las que cesan por completo todas las funciones aparentes de la vitalidad, y sin embargo se trata sólo de una suspensión, para denominarlo correctamente. Son apenas pausas transitorias en el mecanismo incomprensible. Transcurre cierto tiempo, y algún principio misterioso vuelve a poner en movimiento los engranajes mágicos y las ruedas embrujadas. La cuerda plateada no se cortó para

siempre, el recipiente dorado no se rompió de modo irreparable. Pero entretanto, ¿dónde estaba el alma?

Sin embargo, además de la inevitable conclusión a priori de que tales causas deben producir tales efectos —es decir, que la bien conocida aparición de casos de animación suspendida debe motivar naturalmente, de vez en cuando, entierros prematuros— tenemos el testimonio directo de la experiencia médica y común, para demostrar que un gran número de esos entierros han tenido lugar realmente. Podría referirme de inmediato, si fuera necesario, a cien ejemplos bien autenticados. Uno de carácter muy destacable, y cuyas circunstancias pueden estar frescas en el recuerdo de algunos de mis lectores, ocurrió, no hace mucho, en la vecina ciudad de Baltimore, donde provocó una excitación dolorosa, intensa, y muy difundida. La esposa de uno de los ciudadanos más respetables —un abogado eminente y miembro del Congreso— fue atacada por una enfermedad repentina y de origen desconocido, que desorientó por completo la habilidad de los médicos. Después de mucho sufrimiento murió, o se supuso que murió. Nadie sospechó, por cierto, o tuvo motivos para sospechar, que la mujer no estaba muerta en realidad. Presentaba todas las apariencias comunes de la muerte. El rostro adoptó el habitual aspecto transido y contraído. Los labios tenían la palidez también usual del mármol. Los ojos carecían de brillo. No había calor en su piel. El pulso se había detenido. Durante los tres días que dejaron el cuerpo sin enterrar, éste adoptó la rigidez de la piedra. El funeral, en pocas palabras, fue acelerado, debido al rápido avance de lo que se suponía descomposición.

La dama fue depositada en el panteón familiar, que durante los tres años que siguieron, no fue perturbado. Al cumplirse ese término, lo abrieron para dar cabida a un sarcófago; pero ¡ay, qué sorpresa brutal esperaba al esposo, que abrió en persona de un empujón la puerta! Cuando las hojas retrocedieron hacia afuera, un objeto envuelto en algo blanco cayó traqueteante en los brazos del hombre. Era el esqueleto de su esposa envuelto en su sudario aún no corroído por el moho.

Una cuidadosa investigación hizo evidente que la mujer había revivido dos días después de ser encerrada en la tumba, que sus forcejeos dentro del ataúd habían hecho que éste cayera de un saliente o estante al piso, donde quedó tan roto que le permitió escapar. Una lámpara dejada dentro de la tumba por accidente, llena de aceite, fue encontrada vacía; podía haberse agotado, sin embargo, por la evaporación. Sobre el escalón superior de los que bajaban hacia la cámara temible, había un fragmento grande del ataúd,

con el cual la mujer habría tratado de llamar la atención, golpeando la puerta de hierro. Es probable que mientras lo hacía se desmayara, o muriera de puro terror; y al caer, su sudario se enredó en algún herraje interior. Así quedó, y así se pudrió, erguida.



En el año 1810 ocurrió un caso de inhumación en vida en Francia, acompañado de circunstancias que confirman en gran medida que lo verdadero es, por cierto, más extraño que la ficción. La heroína de la historia fue una tal Mademoiselle Victorine Lafourcade, una joven muchacha de familia ilustre, rica y de gran belleza personal. Entre sus numerosos pretendientes estaba Julien Bossuet, un pobre *litterateur*^[4], o periodista, de París. Sus talentos y amabilidad general habían llamado la atención de la heredera, por quien parece haber sido realmente amado; pero su orgullo de cuna parece haberla decidido finalmente a rechazarlo, y a casarse con un tal Monsieur Rénelle, banquero y diplomático de cierta nota. Después del casamiento, sin embargo, este caballero la descuidó, y, tal vez, incluso llegó a maltratarla. Después de pasar con él algunos años desdichados, la muchacha murió: al menos su condición se asemejaba con tanta cercanía a la muerte como para engañar a todos los que la vieron. La enterraron, no en un panteón

sino en una tumba común en la aldea donde había nacido. Lleno de desesperación, y aún inflamado por el recuerdo de un apego profundo, el amante viaja a la remota provincia donde está la aldea, con el propósito romántico de desenterrar el cadáver, y hacerse dueño de sus trenzas espléndidas. Llega a la tumba. A medianoche desentierra el ataúd, lo abre, y está ocupado en la tarea de cortar el cabello, cuando lo detienen los ojos de ella al abrirse. En concreto, la dama había sido enterrada viva. La vitalidad no había partido por completo; y las caricias de su amante la despertaron del letargo que habían confundido con la muerte. El muchacho la llevó frenético a sus habitaciones en la aldea. Empleó ciertos restaurativos sugeridos por sus considerables conocimientos médicos. Por fin, ella revivió. La mujer reconoció a su protector. Se quedó con él hasta que, poco a poco, recobró por entero la salud original. Su corazón femenino no se mantuvo inflexible, y aquella última lección de amor bastó para ablandarlo. Lo otorgó a Bossuet. No regresó a su marido, sino que ocultó su resurrección, y huyó con el amante a América. Veinte años después, los dos regresaron a Francia, convencidos de que el tiempo había cambiado tanto la apariencia de la dama que sus amigos serían incapaces de reconocerla. Se equivocaron, sin embargo, porque en el primer encuentro Monsieur Rénelle reconoció y reclamó a su esposa. Ella rechazó el reclamo; y un tribunal judicial la apoyó, decidiendo que las circunstancias peculiares, más el largo período transcurrido, habían extinguido no sólo de modo natural sino también legal la autoridad del esposo.



La *Revista de Cirugía* de Leipzig —publicación de alta autoridad y mérito, que algún librero americano haría bien en traducir y editar— registra, en uno de sus números recientes, un hecho muy perturbador del mismo tipo.

Un oficial de artillería, hombre de estatura gigantesca y de robusta salud, al ser derribado por un caballo intratable recibió una contusión muy grave en la cabeza, que lo dejó insensible de inmediato; el cráneo quedó levemente fracturado; pero no se captó ningún peligro inminente. Se hizo una trepanación con éxito. Lo sangraron, y se adoptaron muchas otras medidas comunes de alivio. Poco a poco, sin embargo, cayó en un estado de sopor cada vez más desesperado, y por último se creyó que había muerto.

El clima era cálido, y lo enterraron, con apuro indecente, en uno de los cementerios públicos. El funeral se hizo en jueves. El domingo siguiente, los terrenos del cementerio eran recorridos como de costumbre por cantidad de visitantes, y a eso del mediodía, surgió una intensa agitación ante la declaración de un paseante que, mientras estaba sentado sobre la tumba del oficial, había sentido con nitidez una sacudida de la tierra, como provocado por alguien que forcejeaba debajo. Al principio prestaron poca atención a la declaración del hombre; pero su terror evidente, y la obstinación con que insistía en su relato, provocaron al fin su efecto natural sobre el gentío. Consiguieron palas con rapidez, y la tumba, vergonzosamente poco profunda, en pocos minutos quedó tan abierta que apareció la cabeza de su ocupante. Estaba entonces, al parecer, muerto; pero se encontraba sentado casi erguido dentro del ataúd, cuya tapa había alzado en parte, en sus forcejeos furiosos.

Lo llevaron de inmediato al hospital más cercano, y allí determinaron que aún estaba vivo, aunque en estado de asfixia. Revivió después de unas horas, reconoció a las personas con las que solía tratar y, con frases quebradas, habló de sus agonías en la tumba.

Según lo que relató, era evidente que debía de haber estado consciente de la vida durante más de una hora, mientras lo enterraban, antes de caer en la insensibilidad. Llenaron la tumba de modo descuidado con una tierra porosa en extremo; así fue como entró un poco de aire. Oyó los pasos de la multitud arriba, y trató de hacerse oír a su vez. Era el tumulto en los terrenos del cementerio, dijo, lo que parecía haberlo despertado de un sueño profundo... pero en cuanto estuvo despierto tomó conciencia plena de los horrores espantosos de su posición.

Este paciente, según quedó registrado, avanzaba bien, y parecía estar en camino de una recuperación plena, pero cayó víctima del curanderismo del experimento médico. Le aplicaron la batería galvánica; y murió de pronto en

uno de esos paroxismos frenéticos que produce de vez en cuando la descarga eléctrica. La mención de la batería galvánica, sin embargo, me trae a la memoria un caso bien conocido y muy extraordinario que viene a cuento, donde su acción resultó ser el medio para devolver la animación a un joven abogado de Londres que había estado enterrado durante dos días. Esto ocurrió en 1831, y creaba, en la época, una impresión muy profunda cada vez que era tema de conversación.

El paciente, Edward Stapleton, había muerto, al parecer, de fiebre tifoidea, acompañada por algunos síntomas anómalos que excitaron la curiosidad de sus médicos. Después del aparente deceso, se pidió a sus amigos que autorizaran un examen post mórtem, pero se negaron a hacerlo. Como ocurre a menudo cuando se producen esas negativas, los practicantes decidieron desenterrar el cuerpo y hacerle la disección a su gusto, en privado. Contrataron con facilidad a uno de los numerosos grupos de desenterradores de cuerpos que abundan en Londres; y, en la tercera noche posterior al funeral, el supuesto cadáver fue desenterrado de una tumba de dos metros y cuarenta centímetros de profundidad, y depositado en la sala de operaciones de un hospital privado.

Ya le habían hecho por cierto una incisión de cierta extensión en el estómago, cuando el aspecto fresco y sin deterioro del sujeto sugirió la aplicación de la batería. Un experimento siguió a otro, y se produjeron los efectos de costumbre, sin que nada los distinguiera en sentido alguno, salvo, en una o dos ocasiones, una apariencia de vida mayor que lo ordinario en las convulsiones.

Se hizo tarde. El amanecer se acercaba y se creyó conveniente, al fin, proceder de inmediato a la disección. Un estudiante, sin embargo, tenía un especial deseo de poner a prueba una teoría propia, e insistió en aplicar la batería a uno de los músculos temporales. Hicieron un corte grosero, y pusieron un cable en contacto con apuro, cuando el paciente, con un movimiento rápido pero bastante poco convulsivo, se irguió en la mesa, caminó hasta el centro de la sala, miró a su alrededor unos segundos, y después... habló. Lo que dijo era incomprensible; pero emitió palabras; el silabeo era nítido. Una vez que habló, cayó pesadamente al suelo.



Durante varios instantes todos quedaron paralizados por un temor reverencial, pero la urgencia del caso pronto les devolvió la presencia de ánimo. Comprendieron que el señor Stapleton estaba vivo, aunque desmayado. Revivió cuando le acercaron éter y rápidamente lo devolvieron a la salud, y a la sociedad, aunque ocultaron a sus amigos todo lo concerniente a la resurrección hasta que quedó descartada una recaída. Es posible imaginar su asombro extasiado ante el milagro.

La particularidad más estremecedora de este incidente, sin embargo, tiene que ver con lo que afirma el señor Stapleton. Declara que en ningún momento estuvo insensible por completo; que, de modo confuso y opaco, tuvo conciencia de cada cosa que le ocurrió desde el momento en que fue decretado muerto por sus médicos, hasta aquel en que cayó desmayado en el suelo del hospital. «Estoy vivo», fueron las palabras no comprendidas que, al reconocer la sala de disección, había tratado de emitir en su situación extrema.

Sería fácil multiplicar historias como estas, pero me abstengo, porque en realidad no tenemos necesidad de probar de ese modo el hecho de que los entierros prematuros ocurren. Cuando consideramos que en pocas ocasiones, debido a la naturaleza del caso, tenemos la posibilidad de detectarlo, debemos reconocer que pueden ocurrir con frecuencia sin que lo sepamos. A decir verdad rara vez se invade un cementerio, con cualquier propósito, sin que se encuentren esqueletos en posturas que sugieren las sospechas más terribles.

Es terrible por cierto la sospecha, ¡pero mucho más terrible el destino! Puede afirmarse, sin vacilar, que ningún acontecimiento se adapta de modo tan horrendo a inspirar la suprema angustia corporal y mental como el entierro antes de la muerte. La opresión insostenible de los pulmones, los vapores sofocantes de la tierra húmeda, el tacto pegajoso de las prendas mortuorias, el abrazo rígido de la estrecha morada, la negrura de la Noche absoluta, el silencio como un mar que abrume, la presencia invisible pero palpable del Gusano Conquistador... estas cosas, junto a las ideas del aire y la hierba arriba, el recuerdo de los amigos queridos que nos salvarían si sólo estuvieran enterados de nuestro destino, y la conciencia de que nunca se enterarán de ese destino, de que nuestra suerte desesperada es la de quien está realmente muerto: digo que esas consideraciones conducen al corazón, que aún palpita, a un grado tal de horror intolerable y consternado que ante él debe retroceder la más atrevida imaginación. No sabemos de nada tan agónico sobre la tierra: no podemos soñar con nada tan odioso en los más hondos reinos del Infierno. De modo que todos los relatos sobre este tema tienen un interés profundo; un interés, no obstante, que a través del sagrado temor del tema mismo, depende muy adecuada y peculiarmente de nuestra convicción sobre la verdad del asunto narrado. Lo que ahora tengo que contar, lo conozco de primera mano, de mi experiencia concreta y personal.

Durante varios años había sufrido los ataques del singular trastorno que los médicos han acordado llamar catalepsia, a falta de un nombre mejor. Aunque tanto las causas inmediatas como las que predisponían a la enfermedad siguen siendo misteriosas, su carácter obvio y evidente es bastante conocido. Sus variaciones, principalmente, se expresan en su intensidad. A veces el paciente yace por un día, o incluso por un período más breve, en una especie de letargo exagerado. Queda sin sentido y exteriormente inmóvil, pero el pulso de su corazón se sigue percibiendo débilmente; conserva algunos rastros de calor; un tenue color se demora en el centro de las mejillas; y cuando se le aplica un espejo a los labios, se puede detectar una acción de los pulmones aletargada, despareja, y vacilante. En otras ocasiones

la duración del trance es de semanas, incluso meses, durante los cuales el análisis más exhaustivo y las pruebas médicas más rigurosas no logran establecer ninguna distinción material entre el estado del sufriente y lo que concebimos como muerte absoluta. Con mucha frecuencia se ha salvado del entierro prematuro sólo por el conocimiento que tienen sus amigos de que ha estado sujeto antes a la catalepsia, por la sospecha consiguiente que se despierta, y, por encima de todo, por la falta de aspecto de descomposición.

Por suerte los avances de la enfermedad son graduales. Las primeras manifestaciones, aunque notables, son inequívocas. Los ataques se vuelven cada vez más inconfundibles, y cada uno dura un período más largo que el anterior. En esto reside la seguridad principal para el entierro. El desdichado para quien, como ocurre de vez en cuando, su primer ataque fuera del tipo extremo, casi inevitablemente sería entregado vivo a la tumba.

Mi propio caso no se diferenciaba en ningún detalle importante de los que se mencionan en los libros de medicina. A veces, sin motivo aparente, me hundía, poco a poco, en un estado de semi-síncope, o de desmayo a medias; y en esta condición, sin dolor, sin capacidad de moverme, o, hablando estrictamente, de pensar, pero con una opaca conciencia letárgica de vida y de la presencia de quienes rodeaban mi cama, permanecía así, hasta que la crisis de la enfermedad me devolvía, de pronto, a la sensación perfecta. En otras ocasiones era golpeado con rapidez y fuerza. Me sentía enfermo, y entumecido, y helado, y mareado, y caía postrado de inmediato.



Después, durante semanas todo era vacío, y negro, y silencioso, y la Nada se convertía en el universo. La aniquilación total no podía superarla. De estos últimos ataques despertaba, sin embargo, de manera lenta en relación con la brusquedad del ataque. Así como amanece para los pordioseros sin amigos y sin hogar que deambulan por las calles a través de la larga y desolada noche de invierno, con la misma tardanza, con el mismo cansancio, con la misma alegría llegaba de nuevo a mí la luz del Alma.

Aparte de la tendencia al trance, sin embargo, mi salud general parecía buena; tampoco podía percibir que se viera afectada por la única enfermedad imperante, salvo, por cierto, que una peculiaridad en mi sueño habitual pudiera considerarse inducida por ella. Al despertar del sueño, nunca podía recobrar de inmediato la plena posesión de mis sentidos, y siempre permanecía unos minutos en un estado de gran desconcierto y perplejidad; las facultades mentales en general, pero la memoria en especial, parecían estar en estado de absoluta latencia.

En todo lo que soportaba no había sufrimiento físico, sino una infinita angustia moral. Mi imaginación se volvía tenebrosa. Hablaba «de gusanos, de tumbas y epitafios». Estaba perdido en ensoñaciones de muerte, y la idea del entierro prematuro se apoderaba constantemente de mi cerebro. El horrendo Peligro al que me veía expuesto me obsesionaba día y noche. En el primer caso, la tortura de la meditación era excesiva; en el segundo, suprema. Cuando la torva Oscuridad se desplegaba sobre la tierra, entonces, con gran horror del pensamiento, me sacudía... me sacudía como las coronas temblorosas sobre el coche fúnebre. Cuando la naturaleza ya no podía soportar el estado de vigilia, era con esfuerzo que yo aceptaba dormir, porque me estremecía al pensar que, al despertar, podía encontrarme ocupando una tumba. Y cuando, al fin, me hundía en el sueño, era sólo para precipitarme de inmediato en un mundo de fantasmas, por encima del cual, con alas enormes, azabache, dominante, flotaba imperante la única Idea sepulcral.

De las innumerables imágenes de melancolía que me oprimían de ese modo en sueños, elijo como ejemplo una única visión solitaria. Me parecía que estaba inmerso en un trance cataléptico de mayor duración y profundidad que los habituales. De pronto una mano helada me tocaba la frente, y una voz impaciente, farfullante, susurraba la palabra «¡Levántate!» en mi oído.

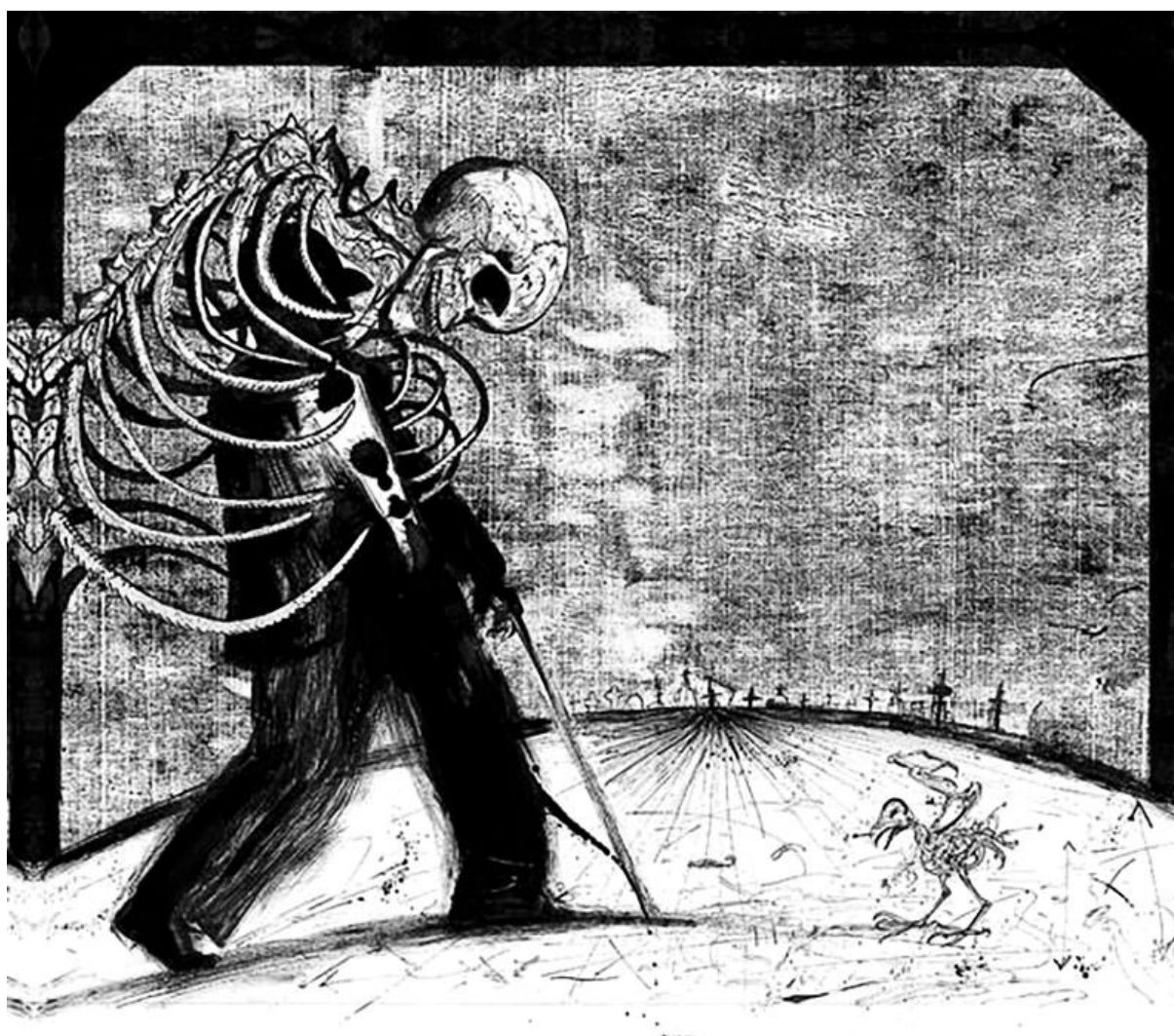
Me sentaba erguido. La oscuridad era total. No podía ver la silueta de quien me había despertado. No podía recordar el período en el que había caído en el trance, ni el lugar en el que estaba tendido entonces. Mientras permanecía inmóvil, y ocupado en esfuerzos por ordenar mis pensamientos, la

mano fría me aferraba con ferocidad la muñeca, sacudiéndola con petulancia, mientras la voz farfullante volvía a decir:

—¡Despierta! ¿No te ordené que te levantas?

—¿Y quién eres tú? —pregunté.

—En las regiones que habito no tengo nombre —contestaba la voz quejosa—. Era un mortal, pero soy un demonio. Era implacable, pero soy lamentable. Debes sentir que tiemblo. Mis dientes castañetean mientras hablo, sin embargo no por el frío helado de la noche... de la noche sin fin. Aunque este espanto es insoportable. ¿Cómo puedes tú dormir tranquilo? No puedo descansar por el grito de estas grandes agonías. Estas imágenes son más de lo que puedo sufrir. ¡De pie! Acompáñame a la Noche exterior, y permíteme mostrarte las tumbas. ¿No es acaso un espectáculo de congoja? ¡Mira!



Miré; y la figura invisible, que me seguía aferrando por la muñeca, había hecho que se abrieran las tumbas de toda la humanidad; y desde cada una surgía una tenue radiación fosforescente de descomposición, de modo tal que

yo podía ver los rincones más ocultos, percibir los cuerpos amortajados en sus sueños tristes y solemnes con el gusano. Pero, ¡ay!, los que realmente dormían eran menos, por muchos millones, que aquellos que no dormían en absoluto, y había un débil forcejeo, y había una triste inquietud general, y de las profundidades de los pozos incontables llegaba el roce melancólico de las prendas de los enterrados. Y, entre aquellos que parecían descansar tranquilos, vi que una gran cantidad había cambiado, en mayor o menor grado, la posición rígida e incómoda en la que habían sido metidos originalmente en la tumba. Y la voz volvió a decirme, mientras yo miraba:

—¿No es... oh, no es un panorama penoso?

Pero antes de que pudiera encontrar palabras para contestar, la silueta había dejado de aferrarme la muñeca, las luces fosforescentes se apagaron, y las tumbas se cerraron con violencia repentina, mientras desde ellas surgía un tumulto de gritos desesperados, que volvían a decir:

—¿No es... ¡oh Dios!, no es un panorama de lo más penoso?

Fantasías como ésta, que se presentaban por la noche, ampliaban su influencia aterrizante hasta bien entrado el día. Mis nervios se volvieron tensos al extremo, y caí presa del horror perpetuo. No me decidía a cabalgar, caminar, o entregarme a cualquier ejercicio que me apartara de casa. De hecho ya no me atrevía a confiar en mí mismo fuera de la presencia de quienes tenían conciencia de mi tendencia a la catalepsia, por temor a que al caer en uno de mis ataques de costumbre, me enterrasen antes de que pudieran precisar mi auténtica condición. Dudaba del cuidado, de la fidelidad de mis más queridos amigos. Temía que, en algún trance que durara más de lo común, pudieran convencerlos de que me consideraran irrecuperable. Hasta llegaba al extremo de temer que, como ocasionaba muchos problemas, podían alegrarse de considerar cualquier ataque prolongado como excusa suficiente para librarse de mí de una vez por todas. En vano se dedicaban a tranquilizarme con las promesas más solemnes. Yo exigía los juramentos más sagrados de que bajo ninguna circunstancia me enterrarían hasta que la descomposición hubiera avanzado materialmente tanto como para hacer imposible la conservación. E incluso entonces, mis terrores mortales no escuchaban a la razón, no aceptaban consuelo. Me dediqué a una serie de precauciones complejas. Entre otras cosas, hice que remodelaran el panteón familiar para permitir que lo abrieran con rapidez desde adentro. La menor presión sobre una larga palanca que se prolongaba hacia el interior de la tumba haría que los portones de hierro volaran hacia atrás. Había disposiciones también para la entrada de aire y luz, y recipientes adecuados

para comida y agua, al alcance inmediato del ataúd destinado a recibirme. Este ataúd estaba acolchado suave y cálidamente, y provisto con una tapa, fabricada con el mismo mecanismo de la puerta del panteón, a la que agregaron resortes dispuestos de tal modo que el menor movimiento del cuerpo bastaba para abrirla. Además de todo esto, había una gran campana colgada del techo de la tumba, cuya cuerda, según estaba planificado, atravesaba un agujero en el ataúd, y estaba asegurada a una de las manos del cadáver. Pero ¡ay!, ¿de que sirve la vigilancia contra el Destino del hombre? ¡Ni siquiera todas estas seguridades bien planeadas bastaban para salvar de la agonía extrema del entierro viviente a un infeliz predestinado a padecerla!

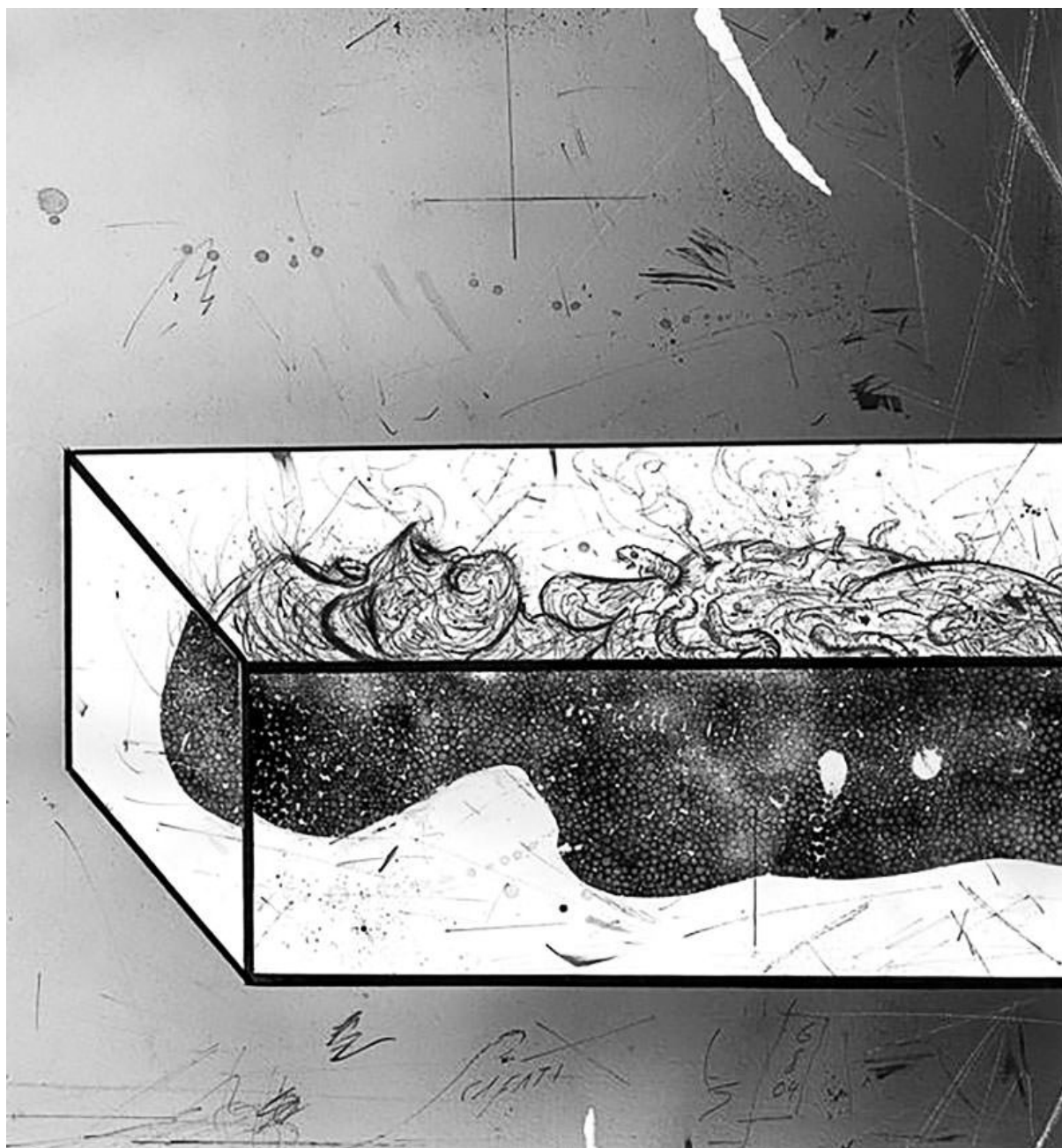


Llegó una época —como había ocurrido antes a menudo— en que me descubrí surgiendo de la total inconsciencia hacia la primera sensación débil e indefinida de existencia. Lentamente, a paso de tortuga, se acercó el tenue amanecer gris del día psíquico. Una inquietud aletargada. Una resistencia apática al dolor sordo. Sin cuidado, sin esperanza, sin esfuerzo. Después de

un largo intervalo, un zumbido en los oídos; después de un lapso aún más largo, una sensación de escozor y cosquilleo en las extremidades; después un período al parecer eterno de inactividad placentera, durante el cual las sensaciones de despertar forcejeaban por entrar al pensamiento; después una breve recaída en el no-ser; después una brusca recuperación. Después el leve temblor de un párpado, y de inmediato, una sacudida eléctrica de terror, letal e indefinida, que envía la sangre en torrentes desde las sienes al corazón. Y ahora el primer esfuerzo auténtico de pensar. Y ahora el primer intento de recordar. Y ahora un éxito parcial y fugitivo. Y ahora el recuerdo ha recobrado al menos su dominio sobre el hecho de que, hasta cierto punto, reconozco mi estado. Siento que no estoy despertando del sueño ordinario. Recuerdo vagamente que he estado sujeto a la catalepsia. Y ahora, al fin, como si fuera el batir de un océano, mi espíritu estremecido queda abrumado por el único Peligro torvo, por la única Idea espectral y siempre imperante.

Por algunos minutos, después de que esta idea se apoderó de mí, permanecí inmóvil. ¿Y por qué? No podía reunir el coraje para moverme. No me atrevía a hacer el esfuerzo que iba cumplir mi destino: y sin embargo había algo en mi corazón que me susurraba que era seguro. La desesperación —una desdicha que como ninguna otra, convoca a la existencia— sólo la desesperación me urgió, después de una larga falta de decisión, a alzar los párpados pesados de mis ojos. Los alcé. Estaba oscuro... todo oscuro. Sabía que el ataque había terminado. Sabía que la crisis de mi trastorno había pasado hacía rato. Sabía que ahora había recobrado plenamente el uso de mis facultades visuales, y sin embargo estaba oscuro... todo oscuro: la falta de rayos intensa y absoluta de la Noche que dura para siempre.

Traté de chillar; y mis labios y mi lengua reseca se movieron convulsos y juntos en el intento... pero ninguna voz surgió de los pulmones cavernosos, que como oprimidos por el peso de una montaña, jadearon y palpitaron, con el corazón, con cada inspiración intrincada y forcejeante.



El movimiento de las mandíbulas, en este esfuerzo por gritar con fuerza, me mostró que estaban atadas, como es de costumbre entre los muertos. Sentí, también, que estaba tendido sobre una materia dura, y que algo semejante me comprimía estrechamente los flancos. Hasta entonces, no me había atrevido a agitar ninguno de los miembros: pero ahora alcé con violencia los brazos, que habían estado tendidos a lo largo, con las muñecas cruzadas. Golpearon una sólida tabla de madera, que se extendía sobre mi persona a una altura de no más de quince centímetros de la cara. Ya no podía haber dudas de que descansaba dentro de un ataúd, al fin.

Y entonces, en medio de todas mis desdichas infinitas, llegó con suavidad el ángel de la Esperanza: porque pensé en mis precauciones. Me retorcí e hice esfuerzos espasmódicos para abrir la tapa: no se movía. Me tanteé las muñecas para encontrar la cuerda de la campana: no estaba. Y entonces el Aliviador huyó para siempre, y una Desesperación aún más grave reinó triunfante; porque no podía dejar de percibir la ausencia del almohadillado que había preparado con tanto esmero, y después también me llegó de pronto a las narices el fuerte olor peculiar de la tierra húmeda. La conclusión era irresistible. No me encontraba dentro del panteón. Había caído en un trance lejos de casa, mientras estaba entre extraños, cuándo o cómo no podía recordarlo, y eran ellos quienes me habían enterrado como un perro, me habían metido en un ataúd común, y me habían hundido profundamente y para siempre en alguna tumba ordinaria y sin nombre.

A medida que esta espantosa convicción se imponía en las cámaras más íntimas de mi alma, volví a luchar por gritar con fuerza. Y en este segundo intento tuve éxito. Un aullido, o chillido de agonía prolongada, salvaje y continua atravesó los reinos de la Noche subterrena.

—¡Eh, hola! —dijo una voz bronca como respuesta.

—¿Qué diablos pasa ahora? —dijo una segunda voz.

—¡Que salga de ahí! —dijo una tercera.

—¿Qué quieres hacer aullando de ese modo, como un gato montés? —dijo una cuarta. Y en ese momento me agarró y sacudió sin ceremonia, por varios minutos, un grupo de individuos de aspecto muy rudo. No me sacaban del sueño —porque estaba bien despierto cuando grité— sino que me devolvían la plena posesión de mi memoria.

Esta aventura ocurrió cerca de Richmond, en Virginia. Acompañado por un amigo, había bajado unas millas por las orillas del río James, en una expedición de caza. La noche se acercaba, y nos sorprendió una tormenta. La cabina de un pequeño balandro anclado en la corriente, y cargado de tierra fértil para jardinería, nos ofreció el único refugio. Hicimos lo que pudimos, y pasamos la noche a bordo. Me dormí en una de las únicas dos literas de la embarcación, y no es necesario describir las literas de un balandro de sesenta o setenta toneladas. La que yo ocupaba no tenía ropa de cama de ningún tipo. Su parte más ancha tenía cuarenta y cinco centímetros. La distancia de su fondo con respecto a la cubierta medía exactamente lo mismo. Me resultó de lo más difícil apretarme en ese espacio. Aún así, dormí profundamente; y toda mi visión —porque no era sueño, ni pesadilla— surgió naturalmente de las circunstancias de mi posición, de la tendencia común de mi pensamiento, y de

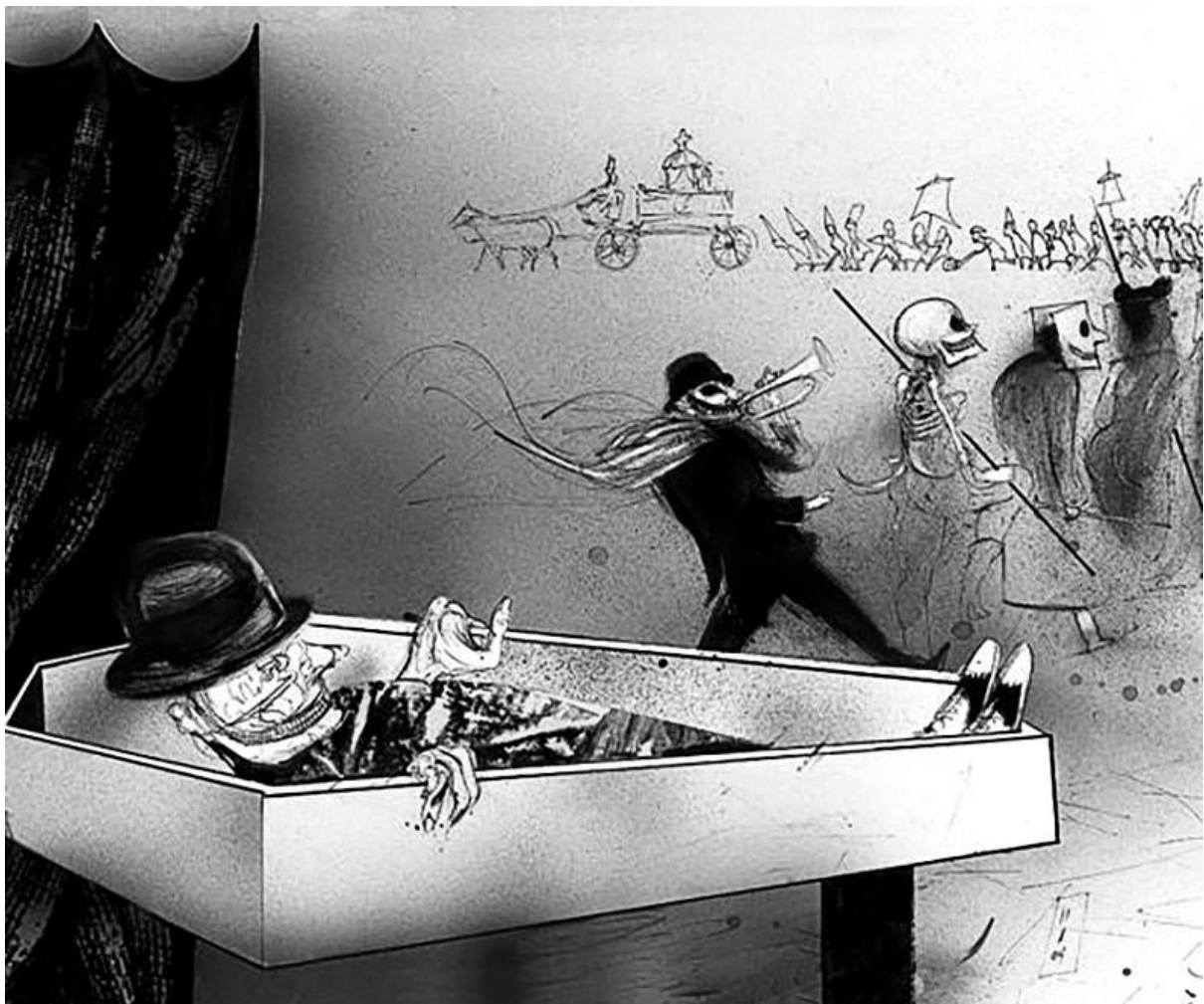
la dificultad, a la que he aludido, de concentrar mis sentidos, y en especial de ir recobrando la memoria, durante largo rato después de despertar. Los hombres que me sacudieron eran los tripulantes del balandro, y unos peones contratados para descargarlo. De la propia carga provenía el olor a tierra. La atadura que me rodeaba las mandíbulas era un pañuelo de seda en el que me había envuelto la cabeza, a falta de mi gorro de noche de costumbre.



Las torturas soportadas, sin embargo, eran sin duda iguales, mientras duraban, a las de una sepultura real. Eran temible... inconcebiblemente horrendas; pero del Mal vino el Bien; porque su propio exceso produjo en mi espíritu una revulsión inevitable. Mi alma adquirió vigor, carácter. Viajé al extranjero. Hice ejercicios intensos. Respiré el aire libre del Cielo. Pensé en otros temas, no en la Muerte. Dejé de lado mis libros de medicina. Quemé «Buchan». No leí más «Pensamientos nocturnos»: nada de frases rimbombantes sobre cementerios, ni cuentos de miedo... como éste. En pocas palabras, me convertí en un hombre nuevo, y viví la vida de un hombre.

Desde aquella noche memorable, rechacé para siempre mis temores sepulcrales, y con ellos desapareció la afección cataléptica, de la cual, tal vez, esos temores habían sido menos la consecuencia que la causa.

Hay momentos en que, incluso para la mirada sobria de la Razón, el mundo de nuestra triste Humanidad puede adoptar la semejanza de un Infierno, pero la imaginación del hombre no es Caratis para explorar con impunidad toda caverna. ¡Ay! la torva legión de los terrores sepulcrales no puede ser considerada del todo fantasiosa, pero, como los Demonios en cuya compañía Afrasiab hizo su viaje por el Oxus, deben dormir, o nos devorarán. Debe aceptarse que duerman, o nosotros perecemos.





Nota sobre la traducción

Traduje estos relatos por primera vez hace más de una década^[5]. Decidí aprovechar la ocasión para volver a hacerlo, a partir de los originales en inglés, sin fijarme en la traducción anterior. Cuando comparé las dos versiones, descubrí que la suma de los cambios no daba un resultado mejor o peor, sino distinto. Un poco distinto. Después de todo quien leía en inglés y reescribía en castellano seguía siendo la misma persona, con algunos cambios.

E.E.G.



EDGAR ALLAN POE (Boston, Estados Unidos, 19 de enero de 1809 — Baltimore, Estados Unidos, 7 de octubre de 1849). Poeta, cuentista y crítico estadounidense. Sus padres, actores de teatro itinerantes, murieron cuando él era todavía un niño. Edgar Allan Poe fue educado por John Allan, un acaudalado hombre de negocios de Richmond, y de 1815 a 1820 vivió con éste y su esposa en el Reino Unido, donde comenzó su educación.

Después de regresar a Estados Unidos, Edgar Allan Poe siguió estudiando en centros privados y asistió a la Universidad de Virginia, pero en 1827 su afición al juego y a la bebida le acarreó la expulsión. Abandonó poco después el puesto de empleado que le había asignado su padre adoptivo, y viajó a Boston, donde publicó anónimamente su primer libro, *Tamerlán y otros poemas* (Tamerlane and Other Poems, 1827).

Se alistó luego en el ejército, en el que permaneció dos años. En 1829 apareció su segundo libro de poemas, *Al Aaraf*, y obtuvo, por influencia de su padre adoptivo, un cargo en la Academia Militar de West Point, de la que a los pocos meses fue expulsado por negligencia en el cumplimiento del deber.

En 1832, y después de la publicación de su tercer libro, *Poemas* (Poems by Edgar Allan Poe, 1831), se desplazó a Baltimore, donde contrajo matrimonio con su jovencísima prima Virginia Clem, que contaba sólo catorce años de

edad. Por esta época entró como redactor en el periódico Southern Baltimore Messenger, y más tarde en varias revistas en Filadelfia y Nueva York, ciudad en la que se había instalado con su esposa en 1837.

Su labor como crítico literario incisivo y a menudo escandaloso le granjeó cierta notoriedad, y sus originales apreciaciones acerca del cuento y de la naturaleza de la poesía no dejarían de ganar influencia con el tiempo. La larga enfermedad de su esposa convirtió su matrimonio en una experiencia amarga; cuando ella murió, en 1847, se agravó su tendencia al alcoholismo y al consumo de drogas, según testimonio de sus contemporáneos. Ambas fueron, con toda probabilidad, la causa de su muerte.

Según Poe, la máxima expresión literaria era la poesía, y a ella dedicó sus mayores esfuerzos. Es justamente célebre su extenso poema *El cuervo* (The Raven, 1845), donde su dominio del ritmo y la sonoridad del verso llegan a su máxima expresión. *Las campanas* (The Bells, 1849), que evoca constantemente sonidos metálicos, *Ulalume* (1831) y *Annabel Lee* (1849) manifiestan idéntico virtuosismo.

Pero la genialidad y la originalidad de Edgar Allan Poe encuentran quizás su mejor expresión en los cuentos, que, según sus propias apreciaciones críticas, son la segunda forma literaria, pues permiten una lectura sin interrupciones, y por tanto la unidad de efecto que resulta imposible en la novela.

Publicados bajo el título *Cuentos de lo grotesco y de lo arabesco* (Tales of the Grotesque and Arabesque, 1840), aunque hubo nuevas recopilaciones de narraciones suyas en 1843 y 1845, la mayoría se desarrolla en un ambiente gótico y siniestro, plagado de intervenciones sobrenaturales, y en muchos casos preludian la literatura moderna de terror; buen ejemplo de ello es *La caída de la casa Usher* (The Fall of the House of Usher).

Su cuento *Los crímenes de la calle Morgue* (The Murders in the Rue Morgue) se ha considerado, con toda razón, como el fundador del género de la novela de misterio y detectivesca. Destaca también su única novela *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (The Narrative of Arthur Gordon Pym), de crudo realismo y en la que reaparecen numerosos elementos de sus cuentos. La obra de Poe influyó notablemente en los simbolistas franceses, en especial en Charles Baudelaire, quien lo dio a conocer en Europa.

Notas

[1] Estrambóticos. En francés en el original <<

[2] Cuarteto compuesto para las puertas de un mercado que debía alzarse sobre el emplazamiento del Club Jacobino de París. <<

[3] Autos da fe. En portugués en el original. <<

[4] Literato. En francés en el original. <<

[5] *El gato negro y otros cuentos*, Losada, Buenos Aires <<